

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

1873. — TOMO XLI.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,057.

SUMARIO.

Joaquín Tellez, poeta mejicano; grabado. — Velazquez. — Romances americanos. — El telégrafo australiano; grabados. — Tipos y fisonomías de España: La antesala de un ministro de la República; grabado. — Revista de París. — De las sociedades de temperancia. — Francia pintoresca; grabados. — El testamento de M. Arkley. — Las rocas de Franchard; grabado. — Actualidades parisien-ses, por Bertall; grabado. — Mara ó la joven desconocida. — El manuscrito de un loco. — Monumento elevado en Neuchatel á la memoria de los soldados franceses; grabado.

Joaquín Tellez,

POETA MEJICANO.

Tellez nació en la ciudad de Tacubaya, el 16 de julio de 1823.

Los límites de un simple apunte, vienen necesariamente estrechos á la descripción de una vida llena de azares, mezclada sin cesar á esa lucha que es para unos cuantos una maldición, y para el pueblo un ejercicio de la libertad, y el camino de su eterna esperanza.

Tellez, alternativamente poeta, militar y periodista, ha sabido dar á su talento todas las formas, y bajo todas ellas, ha honrado á su patria.

Su carrera militar está llena de episodios, ocultos por una modestia exagerada, pero referidos por mas de un valiente, con quien



JOAQUÍN TELLEZ, POETA MEJICANO.

ha arriesgado la vida en las batallas, que treinta y un años de servicio han podido ofrecer en esta época, á ese puñado de patriotas que han combatido con los ejércitos reaccionarios y los de la Francia.

Como periodista, basta decir, que al lado de Zarco y de Ramirez, ha desafiado mas de una vez el destierro, las prisiones, la indigencia, y hasta esas venganzas tenebrosas que ensaya un poder ignorante y cobarde.

Como poeta, es lástima grande que no se haya consagrado exclusivamente á desarrollar las dotes que elevan su fecunda imaginación á la altura del genio.

Una vasta memoria, rica en variados recuerdos.

Una juventud pasada en ese tiempo, en que la política, las leyes, el culto, la educación, las costumbres, los libros, recibían aun vivos reflejos del fanatismo colonial; y una edad viril desarrollándose en medio de la maravillosa libertad, y de la osada sabiduría del siglo, debían necesariamente crear las condiciones de ese espíritu, venero inagotable de contrastes burlescos, que hace de la conversacion y de las poesías de Tellez, otro venero inagotable de chistes.

Estudiante en el Seminario, pronto su carácter independiente dió al traste con la teología, estrujó los títulos de bachiller, y dos años despues, bajo la dirección de Carpio y de Andrade, se dedicaba con fruto á los primeros estudios de la medicina en el complicado mecanismo del cuerpo humano.

Vienen despues las cuestiones políticas, y con ellas nuevos estudios; llega la

lucha, llega el vértigo, y Tellez abandonó para siempre el apacible ideal que le ofrecía la vida como una lluvia de plata, y todavía se lanza á la revolucion como los caballeros del romance, sin mas aspiracion que ganar honra y prez para su brazo, y libertad y gloria para su patria.

El pueblo, reconocido á sus servicios, le ha premiado con distinciones mas modestas, pero no menos gloriosas que las que el ejército republicano ha colocado ya sobre sus hombros, elevándole á los grados mas honoríficos.

Su vasta experiencia, la rica variedad de sus conocimientos, su carácter, su historia, la modesta sencillez de su vida, le hacen generalmente querido y respetado.

Pareceria olvidado si, cuando está de humor para hacer que aparezca en los periódicos una de sus poesías, el general aplauso no viniese á mostrar que Tellez vive aun en el afecto de sus amigos, y en el seno de la sociedad culta y civilizada.

JUAN A. MATEOS.

(Méjico y sus costumbres).

Velazquez (1).

El renacimiento de la pintura en Italia, al comenzar el siglo XIV, se atribuye al genio de Giotto. La influencia de su escuela, y acaso la del maestro mismo, se extendió mas allá de los Alpes, y á ella se debe el renacimiento de este arte en los demás países de Europa. Benedicto XI invitó á Giotto para que decorase algunos edificios públicos de Avignon; pero le fué imposible visitar esta ciudad, y los frescos que se suponen pintados por él, lo fueron por Simon Martini (impropiamente llamado Memmi), el cual pertenecía á la escuela de Siena, derivada inmediatamente de Giotto en práctica y en teoría. Posteriormente, Gherardo Starnina, un *Giottesco* florentino, entró al servicio del rey de España, para el cual ejecutó muchas obras importantes. Dice Vasari que habiendo sido un hombre de naturaleza grosera, aprendió buenos modales de los españoles, y que se convirtió en un hombre agradable y cortés. Hay razones para creer que en cambio de esto les enseñó el arte de la pintura. Vino á España en 1378, pero estuvo de vuelta en Florencia en 1387. Fué considerado por sus contemporáneos como un pintor de mérito; pero no conocemos ninguna obra auténtica suya, que permita juzgar de él. En la primera mitad del siglo XV, Dello Delli, que gozaba de grandísima reputacion en Italia, se estableció en Sevilla, donde parece haber vivido y pintado hasta 1466. Despues de este, muchos artistas italianos, pintores, escultores y arquitectos, vinieron á España. Aun el arte de la alfarería ó la « *mayolica* » cuya invencion se atribuye á los moros españoles, adelantó mucho con un discípulo de Lucca della Robbia, que trabajó en Sevilla y que se firma *Niculoso Francisco Italiano*.

Hay que atribuir al carácter cosmopolita de la iglesia católica, la influencia del arte y de los artistas italianos en Europa, en los siglos XV y XVI. Prelados italianos disfrutaban rentas y sillas episcopales en los países católicos, y todos aquellos que podian costearlo, buscaban en Italia pintores y escultores que decorasen sus catedrales, iglesias y conventos. Otra influencia extraña contribuye asimismo á formar la escuela nacional española. Las estrechas relaciones que existieron desde el reinado de Carlos V, entre la Península y los Países Bajos, trajeron á ella multitud de artistas y pinturas flamencas. El mismo Juan Van Eyck, y otros eminentes artistas flamencos, habian ya visitado la España. La escuela española del siglo XV demuestra un carácter indubitado de influencia italiana y flamenca al mismo tiempo; sus distintivos peculiares y propios, derivados del sentimiento nacional ó de causas locales, son generalmente un tono oscuro de color, sombras oscuras, un perfil rudo y grueso, falta de refinamiento y de delicadeza en el dibujo, en la expresion y en la concepcion, y una ausencia completa del sentimiento poético, que constituye el encanto de las escuelas italianas aun en sus orígenes. El arte de la pintura fué indudablemente practicado en España, con especialidad en las provincias del Norte y Castilla antes que la influencia italiana de los *Giottescos* penetrase en la Península, y se conocen algunos nombres de estos antiguos pintores españoles: sus obras, sin embargo, son groseras y toscas. Es probable que existieran en España, como en otros países de Europa, tradiciones artísticas derivadas de los romanos.

No conocemos pinturas primitivas españolas que demuestren esta influencia directa; pero acaso pueda encontrarse en las obras de marfil y de metal, en los esmaltes, y en la arquitectura que los escritores españoles clasifican bajo el nombre genérico de bizantina. La influencia de los árabes y de los moros debe bus-

carse principalmente en la arquitectura y en la ornamentacion arquitectónicas. Las celebradas pinturas de los techos de la sala de la Justicia en la Alhambra, son evidentemente la obra de algun artista italiano, quizá de un florentino, y nos recuerdan las de Gaddi. En la Academia de la Historia en Madrid, se conserva un notable relicario, procedente del convento de Piedra en Aragon, en el cual se encuentran representadas figuras de ángeles y profetas, y asuntos de la vida de la Virgen y de la pasion de Nuestro Señor, todo ello de un carácter puramente italiano, con una decoracion mixta de adornos góticos y moriscos; la fecha que lleva este curioso relicario es 1390, y el señor Carderera, cuya competencia es innegable, es de opinion que las pinturas pueden corresponder á algunos de los artistas toscanos que estaban al servicio del rey de Aragon.

Las primeras é indubitadas obras italianas que conocemos en España son los frescos en la capilla del arzobispo Tenorio en el claustro de la catedral de Toledo, las cuales fueron ejecutadas en la segunda mitad del siglo XIV, y su autor, no solamente pertenece á la escuela de Giotto, sino que se ha valido de sus mismos dibujos. La disposicion y arreglo del asunto, así como la decoracion de la parte arquitectónica, son análogas á las que Giotto habia adoptado en Assisi y en otras partes. ¿Serian pintados estos frescos por Starnina? No parece imposible. Si el nombre de su autor pudiese encontrarse en los archivos de la catedral, llegaríamos á un importante punto de partida en la historia de la pintura española. En las capillas de la catedral, hay tripticos, cuadros en tabla, y frescos de la misma época, con análogo carácter *Giottesco*; hay especialmente un retablo en la capilla de San Eugenio, con asuntos tales como la *Presentacion del niño Jesús en el templo*, que son enteramente reproducciones de los cartones de Giotto ó sus discípulos. A principios del siglo XVI, (hacia 1511) un pintor llamado por los españoles Juan de Borgoña, de cuya historia y origen apenas se conoce nada, decoró la sala capitular de invierno con una serie de frescos que representan la historia de la Virgen; nos recuerdan á Juan Bellini y su escuela, y este pintor, cualquiera que fuese su nacionalidad, debió haber aprendido en Italia; habia empezado á pintar en los claustros de la catedral en 1495, y ejecutó varias obras en Alcalá, Avila y otras poblaciones.

Multitud de pinturas religiosas de las primitivas escuelas españolas existen en las catedrales, en las iglesias y en varias partes de la península; pocas llevan las firmas de sus autores. Los escritores españoles que se ocupan de las bellas artes mencionan algunos pintores del siglo XV, tales como Pedro Berruguete, Santa Cruz, los Rincones (padre é hijo) y Gallegos; pero ninguno de ellos demuestra el mérito y la originalidad de los grandes maestros italianos y flamencos del mismo período, y de los cuales son mas ó menos imitadores. Estuvieron principalmente ocupados en pintar retablos que son tan característicos en España, y los cuales tienen algun parecido con los altares italianos de los siglos XIV y XV, en los que se ven figuras de santos y asuntos bíblicos pintados en tablas separadas, y arreglados en preciosos marcos góticos. Pero el retablo español es de una estructura mucho mas imponente, que á veces se levanta hasta la bóveda de las mas elevadas catedrales, y contiene, con lujosa profusion, pinturas y estatuas de madera ó mármol, rodeadas de elegantes tallados góticos ó del renacimiento, y relucientes de oro y de colores. La aficion á estos inmensos retablos, que producen un efecto tan grande y tan pintoresco en los interiores sombríos de las iglesias españolas, prevaleció hasta el siglo XVII, y algunos de los mas famosos pintores españoles, tales como Roelas y Herrera, trabajaron en ellas. En Italia dejaron de usarse desde que en el siglo XVI comenzaron á tratarse los asuntos religiosos de una manera convencional.

Entre los pocos pintores del siglo XVI, que los españoles consideran como originales, se cuenta á Juan Macip, de Valencia, conocido por Juan de Juanes. Muy poco se sabe de su historia. Indudablemente estudió en Italia; pero no pudo ser discípulo de Rafael, como sostiene Palomino, porque murió antes que este naciera. Sus paisanos le atribuyen el pomposo título de « Rafael español » y creen que en sus retratos no le era inferior, si es que no excedía al gran italiano. Aun M. Stirling conviene con ellos en preferir sus representaciones del Salvador, débiles y sin carácter, á las de Leonardo de Vinci y demás pintores. Este elogio es parcial y exagerado, especialmente cuando recordamos que Juanes nació en 1523 y no dejó de pintar hasta 1579. Puede admitirse que fué un colorista brillante, aunque no original, y que sus pinturas demuestran energia, ya que no refinamiento de expresion; pero en el dibujo, en la composicion y en las altas cualidades de su arte, que pudo imitar de los maestros italianos, fué singularmente inferior. A juzgar por sus cuadros pudo haber vivido casi un siglo antes de sus contemporáneos italianos; aun el mejor de ellos, en la catedral de Valencia, nos recuerda, por su manera seca, los primitivos esfuerzos de Juan Bellini; y los del Museo de Madrid, por la dureza del color y exagerado dibujo, muestran cierto parecido con las obras de Julio Romao y otros pintores de la escuela de Rafael, ó con sus imitadores flamencos, al mismo tiempo que los detalles están ejecutados con el esmero y minuciosidad de los *quattro centisti*. Estas observaciones pueden aplicarse con mayor fuerza aun á

otro ponderado pintor, Morales, natural de Extremadura, conocido en España con el título del *Divino*; pintó hasta 1586, y unia á una expresion exagerada y poco natural, al dibujo rigido y convencional de los mas secos pintores italianos del siglo XV, el minucioso toque y colorido monótono de sus contemporáneos flamencos; sin embargo de esto, los escritores españoles y M. Stirling le colocan entre aquellos « cuyo genio los iguala á los grandes pintores de Europa. »

Al estudiar el arte en España, debe tenerse en cuenta que la Península estuvo de cincuenta á cien años detrás de otras muchas naciones europeas, sobre todo de Italia; y no teniendo presente esta idea, caeríamos constantemente en error al señalar fecha á la arquitectura, escultura y pintura española; el critico y el arqueólogo podrian engañarse de la misma manera. Hace falta un Cavalcaselle español que se tome el trabajo de examinar archivos y noticias de la época, para identificar los autores y fijar las fechas de monumentos y pinturas. Si el arqueólogo intentase clasificar un edificio gótico en España, comparando su estilo con el de las construcciones análogas de Francia ó de Inglaterra, probablemente le asignaria un siglo menos de fecha de la que en realidad tenga, y no es difícil encontrar pinturas en tabla de fines del siglo XV que por su aspecto y ejecucion parecen de la infancia de la pintura italiana ó flamenca. Estas observaciones son aplicables á todo género de obras, incluso la joyería, la plata cincelada, los bordados y las tallas.

La influencia del arte flamenco que predominó en España durante el siglo XV fué abandonada en el siglo XVII por la manera italiana. Muchos pintores italianos que se establecieron aqui, y otros españoles que estudiaron en Italia prepararon el camino para la escuela que tiene el mejor derecho de llamarse *española*, es decir, española en el sentido de que muestra la influencia del carácter nacional y de las circunstancias locales, en un arte que fué esencialmente extranjero por su origen y por su aspecto. No tenemos espacio para trazar el desarrollo de esta escuela, ni para señalar la parte que le corresponde á los pintores de segundo orden, como son los discípulos de Leonardo de Vinci en Valencia, Tibaldi, el Greco, Caxes, Carducci, Nardi y otros, así como tampoco para indicar la correspondiente á los italianos que han intervenido en formarla y dirigirla; pero los que han estudiado el asunto con critica y sin opiniones preconcebidas, no tendrán dificultad en distinguir lo que es nacional en la pintura española de lo que es derivado de Italia. Con el mejor deseo de señalar la plaza que se merece á la escuela española del siglo XVII, en cuyo período alcanzó el mas alto desarrollo, escasamente podemos admitir mas de una docena de pintores eminentes, incluyendo en ellos á Velazquez, Murillo, Roelas, Alonso Cano, Valdés Leal, Mazo, Zurbaran y Coello; algunos hay que ofrecen dudas aun para colocarlos entre los pintores de segunda clase.

Velazquez puede ser considerado como el tipo mejor y la representacion mas verdadera de la escuela española. Es el pintor mas grande y mas original que ha producido España, y aunque su estilo ó *manera* se derivó, directa ó indirectamente de la escuela italiana de fines del siglo XVI, fué aun mas *nacional* que la de Murillo. Por varias causas su fama ha podido ser hasta ahora inferior á este; pero su influencia sobre los pintores de su país y sobre la pintura en general ha sido mucho mayor. Nació en Sevilla el 6 de junio de 1599, y murió en Madrid en 1660; principió por consiguiente su carrera despues que la escuela *eclectica* ó académica de los Carraccis habia dado una nueva direccion á la pintura en Italia. Puede decirse desde luego que esta escuela presidió en medio siglo á las de Murillo y Velazquez, las cuales, como otras muchas europeas, derivaron especialmente sus principios de los pintores boloñeses. El primer maestro de Velazquez fué Herrera el Viejo, discípulo de Luis Fernandez, cuyas obras son ahora desconocidas, pero que gozó de gran reputacion en su tiempo. Ni Fernandez ni Herrera parece que estuvieron en Italia, ni que estudiaron con maestros italianos. Herrera fué un pintor hábil y valiente, pero poco delicado y falto de sentimiento y gracia, el cual formó sin duda su estilo en el de los ecléticos italianos ó en sus imitadores de España. Su genio violento obligó pronto á Velazquez á dejar su estudio, entrando en el de Pacheco, el cual, del mismo modo que Herrera, habia sido discípulo de Luis Fernandez. Pacheco como pintor era débil; pero erudito y buen critico. No parece que viajó por Italia; pero conocia bien la escuela italiana, su práctica y sus fundamentos, habiendo escrito un minucioso tratado sobre la pintura. Pudo, por consiguiente, dar á su discípulo instruccion técnica, aun cuando sus cuadros fueran de pequeña importancia como modelos. El pintor que resulta haber tenido mayor influencia sobre el joven Velazquez, y cuyas obras parece que contribuyeron á formar su primera manera, fué Luis Tristan, un continuador del hábil, pero excéntrico y repulsivo pintor Domenico Theotocopuli, comunmente llamado *el Greco*, que adquirió en Venecia algo de la manera de Ticiano y de Tintoretto, y cuyas mejores obras demuestran una mezcla extraña de color vigoroso, aunque frecuentemente falso, y un dibujo execrable. Tristan le aventajaba en los retratos, y en el Museo de Madrid no hay mas que uno suyo, el cual se encuentra mezclado con los de Velazquez, y demuestra lo mucho que habia aprendido de Tristan.

(Se continuará).

(1) Este notable artículo acaba de ser publicado en la revista inglesa *The Quarterly Review*, y se atribuye á M. Layard, ministro actual de Inglaterra en Madrid. Reproducimos la traduccion de *la Revista de España*.

ROMANCES AMERICANOS.

VISITA AL HOGAR PATERNO.

¡Qué tristes son estos sitios
Que me hablan con voces mudas!
¡Qué tristes miro las flores
Que á los ambientes perfuman!

Parece que veo sombras
Que en torno mio se agrupan,
Y escuchó resonar ecos
Que mis recuerdos anudan.

Hasta las aves del huerto
Tristes cánticos modulan;
Parece que me conocen,
Parece que me saludan.

Aquí pasaron dichosos
Mis días de infancia pura,
Gozando sus ilusiones
El corazón sin angustia.

En sosegados placeres,
Sin sobresaltos ni dudas,
Jamás sentí el desengaño
Que nuestras horas enluta.

El pensamiento vagaba
Entre sueños que deslumbran,
Y vi cumplidos deseos
Que el alma inocente gusta.

Aquí nació la esperanza
Que nuestra existencia endulza,
Como la flor aromosa
Que el aura risueña adula.

Aquí, bajo esa enramada
Que viejos troncos circulan,
Miré de mi santa madre
La faz cariñosa y pura.

Parece que su belleza
Veo entre sombras confusas,
Como no vieron mis ojos
En este mundo ninguna.

En ese cuarto derruido,
Sobre mi frente aun enjuta,
Grabó gustoso mi padre
Sus bendiciones augustas.

Aquí con leales amigos
Gozaba de amistad mútua,
Y también con mis hermanos...
¡Oh! ¡cuánto los tiempos mudan!...

¡Padres! ¡hermanos! ¡amigos!
Nadie mis voces escucha,
Y tan sólo aquí apercibo
El silencio de las tumbas.

Sueño es el placer del mundo,
Ficción de la mente ilusiva,
Rayo de luz que las almas
Breves momentos alumbraba.

Muchos años van corridos
Que en pos de gloria y fortuna
Me ausenté de estos lugares
Cual ave que el éter cruza.

De la poesía en alas
Me remonté á las alturas,
Y faltó de aliento y genio
Descendí desde la luna.

Bajé la vista á la tierra,
Tuve el engaño por burla,
Y vagando en las tinieblas
No encontré paz ni ventura.

El dulce amor en mi pecho
Vertió su delicia suma,
Y amé con ese delirio
Que asaz la esperanza impulsa.

¡Bella era Laura! en sus ojos
Mostraba suave ternura,
Y ondeantes por su frente
Brillaban sus trenzas rubias.

Su boca, rosa entreabierta
Que todo en redor perfuma,
Su acento, la voz del aura
Con que á las flores arrulla.

Y finjo que aun admiro
Su belleza que fulgura
En la ilusión de los sueños
Que aun mi corazón turban.

Y recelosa la mente,
Amores y quejas junta,
Y en el fondo de mi alma
Tristes memorias se aunan.

¡Sí, yo la amé y mis amores
Aun á mi alma trituran;
Yo la amé correspondido
Y hoy el dolor me circunda!

¡Sí, yo la amé con delirio,
Con loca pasión, profunda
Como jamás en la vida
No se amó mujer alguna!

¡Momentos del bien pasado,
Amor que la vida endulza,
Quedad con Dios!... ¡A mis ojos
Acerbos llantos nublan!

Mi amor fué solo una nube
Que bella los cielos surca,
Y el viento del desengaño
La dispó con presura.

Ilusiones juveniles
Que breve momento ofuscas
¡En dónde os halláis ahora
Que en vano la mente os busca?...

Al ver de nuevo estos sitios,
El alma mia fluctúa
Entre perdidos placeres
Y el padecer que me inunda.

Las memorias en mi pecho
Clavan aceradas puntas,
Y á desechar nada basta
El pesar que me importuna.

¡Oh sitios donde corrieron
Anegadas de venturas
Mis horas, qué de pesares
La tierna inocencia escuda!

¡Oh sitios!... ¡Yo os abandono
Sin que pueda olvidar nunca
Los afectos que en mi pecho
Tienen sacrosanta urna!

¡Adios! ¡adios!... Los recuerdos
Que hoy de lágrimas me inundan,
Solo borrará la losa
Que fría mis restos cubra.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

El telégrafo australiano.

En marzo de 1870, el Parlamento de la Australia meridional, que no cuenta aun veinte años de existencia, y cuya población no excede de doscientas mil almas, ha votado una suma de tres millones para poner Adelaida á algunas horas de Londres.

M. Todd ha logrado ver terminada esta grande empresa en menos de dos años, porque el primer poste fué colocado el día en que los franceses perdieron la batalla de Châtillon; y el 22 de julio de 1872 ya se transmitieron los primeros telegramas de un punto á otro de la Australia.

Auxiliado por las personas que le rodean en nuestro grabado, ha podido alimentar durante dos años, quinientos hombres y dos mil caballerías de carga en esos espantosos desiertos, en donde unos cuantos miserables salvajes, que se asemejan mas bien á los lobos que á los hombres, arrastran en aquel país la mas triste existencia.

La expedición ha tenido que luchar con grandes obstáculos, pues no solo tenia que conducir los cables y los viveres, sino que con frecuencia debia trasportar á grandes distancias el agua, los forrajes y los pastos; y aun la empresa se hubiera probablemente frustrado si la Australia no contara con cien camellos, procedentes de los que fueron importados en la época en que tuvieron efecto las grandes explotaciones, y que despues han logrado aclimatarse en los desiertos próximos á los mares interiores.

Gracias á los buques del Sahara, el cable ha podido trasportar con rapidez al Norte de la Australia Petrea, venciendo sin dificultades notables ese desierto pedregoso, espanto de los colonos, que ha agotado las fuerzas de Sturt, de Wills, de Burke y de Leichhardt; mártires de la ciencia, y cuyas tumbas sagradas inmortalizarán los distritos próximos al gran río Cooper.

En este mundo todo está encadenado: una tentativa, un ensayo, santificado por el trabajo, ha podido frustrarse en su origen; pero siempre existe un punto de mira en la vía del progreso. El triunfo de mañana se deberá, no pocas veces, á la derrota de ayer. Así vemos que Leichhardt ha abierto la vía de Burke: Burke preparó la de Steward, trazando despues Steward el camino que el cable ha seguido paso á paso desde el puerto Augusta hasta el de Darwin.

Siguiendo el sistema empleado en la abertura del Monte Ceniz, y en otras empresas análogas, M. Todd ha atacado el continente por los dos extremos á la vez; no solamente por el Sur, sino también por el Norte, tan repugnante á primera vista, aunque oculte sin duda en su seno inagotables tesoros.

Las relaciones hechas por los primeros navegantes holandeses que han recorrido estas tierras tan poco hospitalarias, no han sido exageradas, pues tres expediciones telegráficas que desembarcaron en el puerto Darwin, se frustraron sucesivamente; habiendo sido necesario volver á Adelaida, siguiendo las costas, invirtiéndose cinco ó seis semanas en tan penoso cabotaje.

Una cuarta expedición hubiera tenido indudablemente el mismo resultado, si no se hubiese seguido un camino opuesto en esta Península tan rebelde al trabajo europeo y desembarcado en el sitio que aparece en nuestro grabado.

Felizmente, M. Todd descubrió que el río Roper, que desemboca en el lago Carpentaria, era navegable hasta una gran distancia de su embocadura; así como el Hodgson hasta su desagüe, de que presentamos una idea aproximada de su curso.

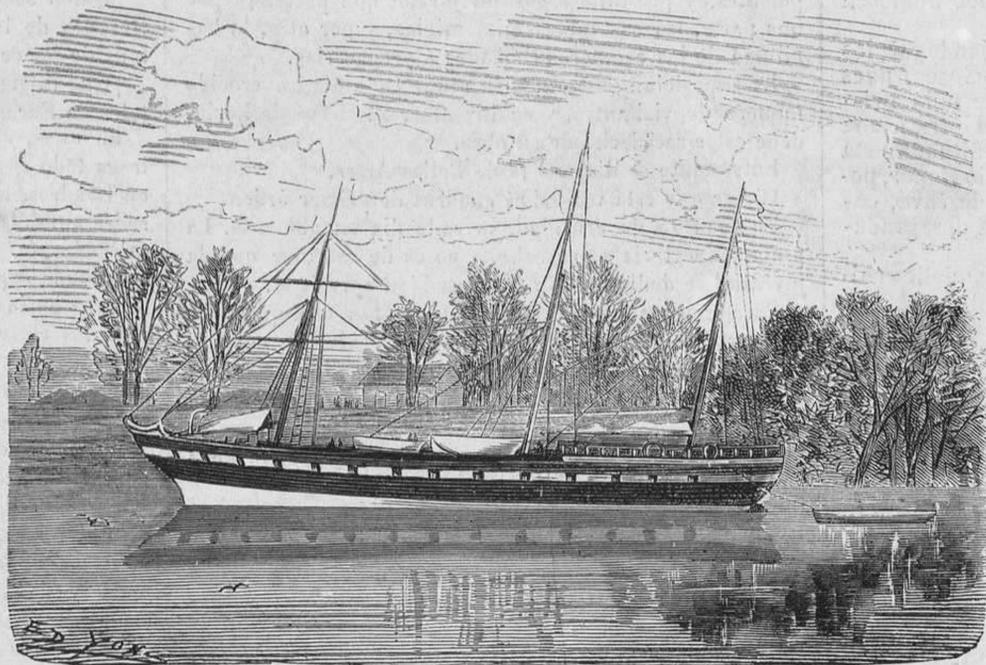
En algunos sitios, solo con el hacha en la mano ha podido abrirse paso en medio de sitios impenetrables, y en donde los mismos kanguroos no pueden deslizarse; pero tantas fatigas no dejaron de tener una admirable recompensa, con el descubrimiento de magníficos terrenos de cuarzos auríferos, sin que jamás pudiera sospecharse que una región tan pobre, encerrase en sus entrañas una nueva California.

M. Todd se hallaba tan impaciente de celebrar su victoria, que no esperó que el cable estuviera completamente tendido para organizar un servicio telegráfico, y trató de establecer en el espacio de 400 kilómetros que aun faltaban, un servicio de correos que habian de partir de Catalina waters y llegar á la estación provisional de la gran línea del Sur; pero muy en breve renunció á una empresa no exenta de peligros; y desde entonces fué tal la actividad que se desplegó en la última noche, aprovechándose de la claridad de la luna, que se colocaron 40 kilómetros. Monsieur Todd, estaba en el monte Steward, centro del continente australiano, cuando el primer mensaje salvó los 2,700 kilómetros que separan la extremidad Norte del golfo de Carpentaria al extremo del golfo Spencer. El atrevido viajero, que dió su nombre á este sitio, estará unido al triunfo conseguido por el intrépido ingeniero.

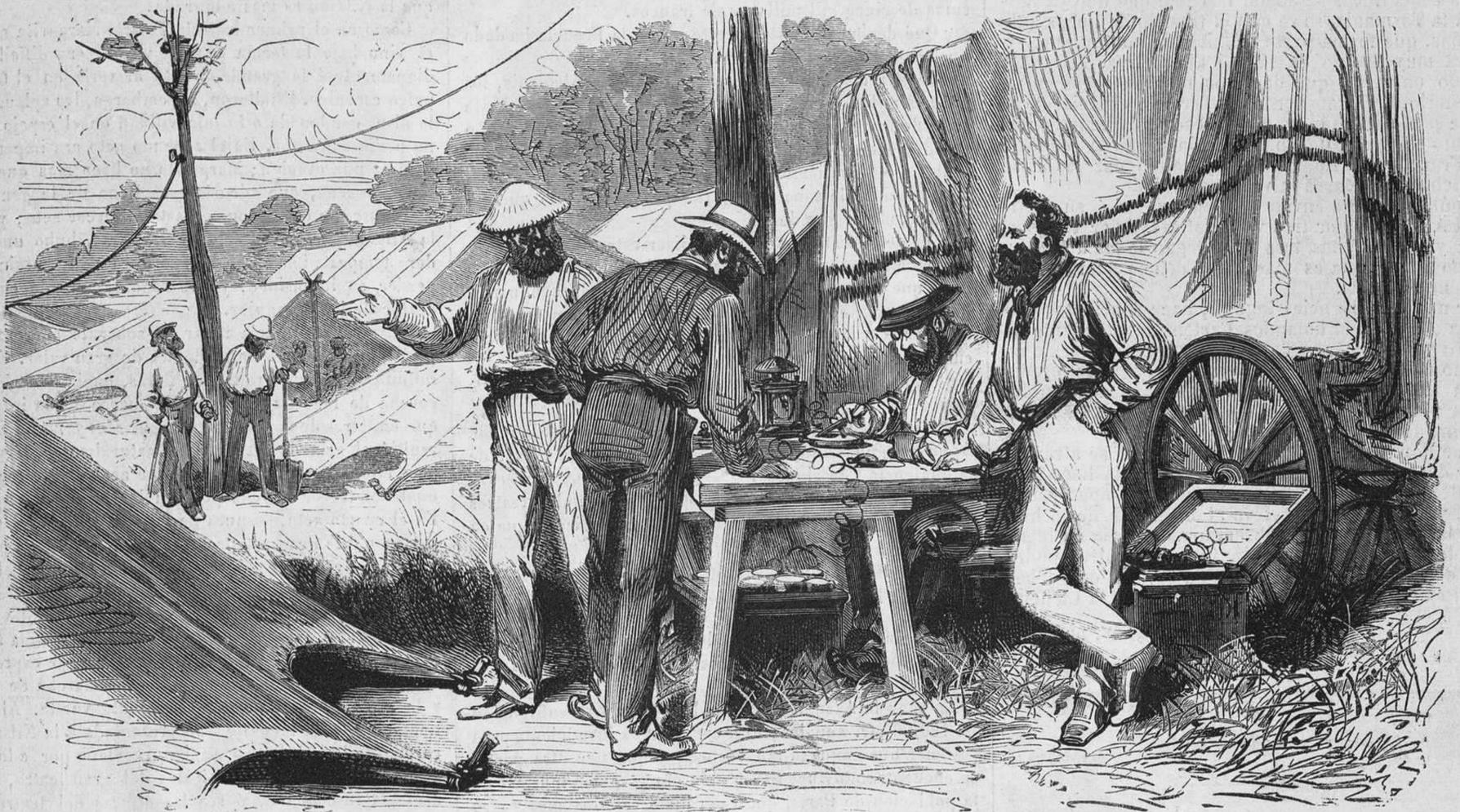
Dos meses despues, los primeros telegramas de Londres llegaban á Adelaida despues de haber franqueado tan inmensa distancia en siete horas; y ocho días despues M. Todd fué honrado con una recepción triunfal. Apenas habria transcurrido un mes (15 de noviembre de 1872), que los australianos de Londres daban á su vez una magnífica fiesta, en donde la contestación al telegrama, participando el principio del banquete,



TIPOS Y FISIONOMÍAS DE ESPAÑA. — La antesala de un ministro de la República.



EL TELÉGRAFO AUSTRALIANO. — El *Tararua*, buque que sirvió para el transporte de la expedición.



Alto de la expedición telegráfica en el desierto australiano.



El río Hodgson.

llegó de Australia antes que los convidados hubiesen terminado los brindis.

Mientras que estos acontecimientos tenían lugar, los habitantes de Queensland no estaban ociosos, pues establecieron un telégrafo costanero que unía Brisbane á Adelaide por una parte, y por la otra á una estacion sobre el golfo de Carpentaria. Situada esta estacion enfrente de la embocadura del rio Roper, podrá servir de union á la línea que venga de Java, como la del puerto Darwin, que le hará una desagradable competencia.

El ardor con que se ha emprendido en aquellos países el establecimiento de líneas telegráficas es tan intenso, que una tercera línea, uniéndose á Java como las anteriores, partirá del cabo Noroeste y llegará á la capital del Austria occidental. Todavía la ambiciosa ciudad de Perth, que es todavía una poblacion sin importancia, tiene la pretension de unirse directamente á Ceylan, sin tocar en Java, por un inmenso cable de 5,940 kilómetros de largo.

Tres líneas accesorias fáciles de establecer completarán muy pronto las líneas eléctricas del Australia. La primera, de King Georges Sound al cabo Otaway, en el Sur; la segunda, de la capital de la Australia occidental, al cabo Noroeste; y la tercera, de Nortmanton á la embocadura del rio Roper. Además, otras cuatro líneas unirán la Australia á la Nueva Celandia, de las cuales tres llegarán á la isla del Sur, centro principal de la colonizacion; y la cuarta, irá hasta Auckland en la isla del Norte.

Si á estas líneas se añade el cable que une ya Sidney á la Tasmania, se ve que el trazado de líneas submarinas, que forma parte del sistema australiano, excederá muy pronto de 12,000 kilómetros. El quinto trazado universal que daremos muy en breve en un planisferio, será consagrado al servicio especial de la quinta parte del mundo, y por él se verá que tan pronto como se una el inmenso espacio que se extiende de San Francisco á Hong-Kong, pasando por las islas Sanwich, podrá darse la vuelta al mundo.

El público puede enviar sus telégramas á su destino, la Australia, por tres vias distintas: por Turquía, Rusia y Malta. Estas tres vias llegan todas á Java; y aunque esta última es mas cara, debe preferirse por ser la mas segura.

Por una coincidencia singular, hace doscientos cincuenta años que el holandés Cartens, comandante de la *Pera* y del *Arnhem*, descubrió un gran espacio de terreno al Sur del estrecho de Torres, y hoy el precio de un telégrama de veinte palabras, para Adelaide, por la via de Arnhem, es de 250 francos: la mitad aproximadamente que cuesta el viaje.

¿Qué hombre habrá de tan poca fe que se atreva á dudar del porvenir, al ver que la Australia hace cien años desierta, se halla hoy unida á la Europa? Antes que el vigésimo siglo se eleve al horizonte de la historia, las estaciones que observamos todavía en blanco en los atlas antiguos, llegarán á ser centros poderosos de industria, de trabajo y de cultivo, que deberán su existencia á la Razon, al Trabajo y á la Ciencia.

W. DE F.

Revista de Paris.

Mientras Viena prepara su gran Exposicion universal, que seguramente producirá en Europa un movimiento análogo al que se vió en 1867, Paris, que ha dado ya al mundo el espectáculo que se trata hoy de imitar en la capital del imperio de Austria, puede organizar otras exposiciones de carácter mas humilde, sin que por eso dejen de tener su interés y sobre todo su utilidad práctica.

Tal es la que se inauguró dias pasados en un pabellon de los Campos Eliseos, exposicion original cual ninguna, y por lo tanto digna de visitarse.

Es una exposicion gastronómica. Un aliciente de nueva invencion, incita á los visitantes. Los productos se prueban.

Despues de contemplar y estudiar un manjar cualquiera, se puede juzgar su valor y principalmente su sabor prácticamente.

Es en suma, un bazar de todas las sustancias alimenticias que se conocen, con accesorios tales como el material entero y verdadero del comedor y de la cocina.

Hay pues, en el memorable pabellon, tiendas de carnicero que ofrecen al público carnes apetitosas; otras de aves, en donde se ostentan esos pollos con honores de pavos y con mas grasa que pechuga, que hacen las delicias de las mesas parisienses; otras de carnes conservadas, procedentes de la Australia ó de Buenos Aires; otras de peces de todas clases y colores: hay postres en abundancia, quesos, frutas, conservas, todo lo mas exquisito y refinado, sin olvidar el café y el licor; y por último, hay vinos para dar tentacion al aficionado mas dispuesto á respetar la ley contra la intemperancia votada recientemente por la Asamblea nacional de Versalles, y aplicada por los agentes del gobierno con buenos resultados.

Se habla de banquetes organizados entre hombres com-

petentes, y presididos por un jurado que premiará por una parte, las sustancias alimenticias, y por otra, la habilidad de los cocineros llamados á prepararlas.

La Exposicion gastronómica reúne cada dia un crecido número de visitantes, y su inventor, M. Hervé de Lorin, debe estar satisfecho de su obra.

Entre tanto se dispone la de Bellas Artes.

Dícese que esta vez habrá cuadros de primer orden.

En cuanto á la cantidad, va cada dia en aumento. La pintura da gloria y provecho, y no es de extrañar que la juventud se dedique á un arte tan bien apreciado.

Para convencerse de esta verdad no hay mas que asistir en el hotel Drouot, á una de esas ventas de cuadros que en la actualidad son tan frecuentes. Toda obra de algún mérito, antigua ó moderna, alcanza un precio exorbitante.

¿Quién se ha atrevido á pensar que Paris caerá poco menos que en la miseria despues de la guerra?

Todo lo que de cerca ó de lejos toca al lujo está por el contrario, muy en progreso.

No hay objeto de algun valor artístico reconocido, que no encuentre en Paris algun aficionado dispuesto á disputarlo á peso de oro.

Los países extranjeros envian continuamente colecciones de cuadros, de curiosidades artísticas, de libros, porcelanas, etc., y todo halla salida en esta nacion que, sin embargo, está pagando todavía á los alemanes la fabulosa suma de cinco mil millones de francos.

¿Qué decimos? Hasta en este punto la Francia ha dado una sorpresa á sus enemigos.

Por el reciente convenio ajustado con la Alemania, los últimos mil millones para cuyo pago habia término hasta el 1º de marzo de 1875, serán satisfechos este mismo año de 1873 en cuatro plazos, 5 de junio, 5 de julio, 5 de agosto y 5 de setiembre, y de este modo se acabará con la ocupacion alemana mucho tiempo antes de lo que esperaba todo el mundo.

Y es de advertir que para finalizar esta operacion colosal como se estipula en el tratado, el gobierno francés no tiene que apelar á garantías ni á anticipos de banqueros. La mayor parte de las sumas que necesita las posee ya, y el resto se completará con los vencimientos mensuales del empréstito nacional, que se efectúan puntualmente.

¿Cómo pues, habria decaído el lujo en una nacion que dispone de tanto dinero?

Así sucede que al parecer, Paris no ha perdido nada de su antiguo brillo, y vuelve á ser de nuevo la ciudad de la opulencia y la riqueza.

El paseo del bosque de Boulogne, los grandes teatros de Paris, ofrecen el mismo brillante espectáculo que en los tiempos mas prósperos.

Sin embargo, falta un punto de reunion especialmente apreciado por la opulencia extranjera y es el teatro Italiano.

La Grande Opera, es mas de los franceses que de los extranjeros, en tanto que en los Italianos el elemento cosmopolita dominaba siempre.

En vano la Asamblea nacional ha votado la subvencion de 100,000 fr. anuales; esta cantidad es insuficiente para sostener una empresa tan costosa, y que por otra parte, se encuentra muy poco sostenida por el gusto musical de la poblacion de Paris, que cada dia se inclina mas y mas hácia su música propia.

El periódico el *Monde illustré*, ha publicado últimamente datos muy curiosos sobre el Teatro Italiano, que explican su decadencia actual, así como presagian tambien lo difícil que ha venido á ser semejante empresa.

Hé aquí el cuadro de los gastos:

	FRANCOS.
Alquiler del teatro.	140,000
Seguros, reparaciones, patentes, impuestos de todas clases.	60,000
Compañía (4 tenores, 2 barítonos, 2 bajos, 1 bufo, 3 soprani, 1 mezzo-soprano, etc.	550,000
Orquesta y coros.	110,000
Derechos de los pobres y de los autores.	100,000
Administracion (jefes y empleados, intereses del capital, direccion, etc.).	100,000
Alumbrado, combustible, carteles, almacenaje, trajes y decoraciones.	50,000
Total.	1,410,000

Ahora bien, desde hace algunos años los ingresos han bajado continuamente, y en el dia se hallan muy lejos de llegar al total que antecede.

Véanse estas cifras.

TEMPORADAS.	INGRESOS.
1863-1864. fr.	1,168,000
1864-1865.	1,020,000
1865-1866.	850,000
1866-1867.	750,000
1867-1868.	960,000
1868-1869.	920,000

¿Quién se ha de atrever pues, con semejante carga? Despues de la malograda tentativa del señor Verger, es muy de temer que no se presente nadie.

¿Qué diferencia con lo que sucede en las demás capitales de Europa!

En unas, como en San Petersburgo, el emperador sufraga todo el gasto por enorme que sea; y en otras, como en Lóndres, el público se encarga de todo, sin que se arredre ante el precio cada año mas exorbitante de las localidades.

En toda capital que no sea Paris, la falta de compañía italiana haria un vacío inmenso; seria intolerable no solo para las clases aristocráticas, sino para la poblacion en general, pues la música italiana está aceptada casi puede decirse exclusivamente, como la principal, si no la única en el dominio del arte dramático.

En ciertas ciudades, como por ejemplo San Petersburgo, quizás está todavía mucho mas en boga que en Italia, á juzgar por los arranques de entusiasmo de que hablan los periódicos, y que parecen desconocidos ya en la hermosa patria de Bellini y de Donizetti.

La Patti, la Volpini, la Nilsson han obtenido ovaciones como hace ya largo tiempo no se han visto en Italia.

Los diarios de Paris han dado cuenta últimamente de la que se hizo á la Nilsson en la noche de su beneficio.

Hé aquí un extracto de esta relacion digna de ser leída. Se ejecutaba el *Fausto* de Gounod, una de las óperas en que la Nilsson es mas admirada.

Como en el primer acto de *Fausto* Margarita no aparece sino bajo la forma de una vision, era difícil saludar dignamente á la grande artista al verla en el fondo del palco escénico. Estallaron, sin embargo, los aplausos, pero la diva, condenada á la inmovilidad en el espejo mágico, no podia contestar. En el segundo acto era imposible organizar una ovacion; Margarita no hace mas que atravesar la escena, que además está llena de la gente de la *Kermesse*. Se esperó pues, hasta el tercer acto; y cuando la Nilsson terminó el aria de las joyas, hubo una verdadera tempestad de aplausos que duró algunos minutos sin perder su intensidad, y que redobló cuando empezó el desfile de los obsequios.

Entre estos se hacia notar un soberbio aderezo de esmeraldas, rodeadas de brillantes de gran valor. Entre los infinitos y enormes ramos de flores, habia una gigantesca corona de laurel que servia de marco á una inscripcion que en letras de flores decia: *Vivat Margarita*. La Nilsson repitió el aria de las joyas, y naturalmente, sirviéndose para ello del magnífico regalo que acababa de recibir. Al final del tercer acto empezaron las llamadas en escena. En el cuarto acto, despues de la escena de la Iglesia, presentaron á la gran artista un mensaje escrito en pergamino y que llevaba al pié mas de mil firmas que habia suscrito el público durante la funcion.

El mensaje estaba arrollado y pasado el rollo por un anillo de oro, del que pendia una gruesa lágrima formada por un solo brillante. El texto del mensaje expresaba el sentimiento que causaba al público la marcha de la diva, y los fervientes votos por su pronta vuelta. Al mismo tiempo que este mensaje, fué presentada á la Nilsson una corona de laurel de oro macizo, regalada por « los habitantes de las regiones tropicales del gran teatro, » como decia la inscripcion, ó sea las alturas del teatro. Otra corona llevaba la inscripcion « Volved pronto. » Despues del quinto acto, nueva lluvia de flores. Entonces, á pesar de la fatiga de la gran artista, el público pidió que cantase algo como despedida. Los músicos de la orquesta habian dejado ya sus pupitres, se hizo llevar un piano al escenario, y M. Bosoni acompañó á la Nilsson, que cantó la romanza rusa *el Angel*, de Variamon. El entusiasmo no tenia término, y la Nilsson debió volver á cantar, acompañada por madama Nissen Saloman, otra romanza rusa, *Amame*. Al salir del teatro la Nilsson, sus admiradores la llevaron en brazos hasta el coche, que estaba rodeado de una numerosa escolta de jóvenes nobles á caballo, que la siguió hasta el hotel de Francia, donde la esperaba una brillante recepcion. La entrada del hotel estaba iluminada con la cifra de la Nilsson, y la escalera cubierta de una alfombra de flores. Una banda militar anunció la llegada del coche de la gran artista, que iba seguido de una larga fila de carruajes particulares.

Tal es la ovacion que ha hecho á la Nilsson el público de San Petersburgo, ovacion de proporciones hasta ahora desconocidas aun en aquella capital, donde el entusiasmo por los cantantes eminentes era ya proverbial.

La Nilsson se halla ahora en Paris; y aunque el director de la Opera la ha hecho proposiciones para cantar una ó dos noches, no tendremos el placer de oirla. Despues de una ovacion semejante, no desea mas que el reposo, mientras llega el dia muy próximo ya, de su salida en Lóndres.

Debemos pues, contentarnos con la música nacional y con los artistas nacionales.

Triste es en verdad, cuando se piensa que la gran novedad del dia es la *Hija de Madama Angot*, ópera cómica de Clairville, Siraudin y V. Koenig, música de M. Lecoq.

Si el género grotesco fuera lo superior en la escala del

arte, no cabe duda que esta singular producción se llevaría la palma.

El asunto es del tiempo del Directorio.

Mlle Angot es hija de una madama Angot que se hizo muy notable por su obesidad y por sus sombreros mas que extravagantes.

Era una mujer de las plazuelas y su hija no desmiente el origen de su madre.

No nos detendremos en contar el argumento: diremos solo que tiene por teatro los Mercados, y que sus principales incidentes consisten en conspiraciones y pendeencias que no pierden nunca el carácter de farsa.

El público se rie estrepitosamente y el empresario se felicita de una alegría que le asegura un centenar de representaciones.

En cuanto á la música, apenas se destacan algunas piezas de tendencias no grotescas: son muy pocas.

Por ejemplo en el acto primero, una romanza y el final; en el segundo, un coro de conspiradores, y en el último, un terceto.

Los trajes y las decoraciones ofrecen un colorido local digno de todo aplauso.

En cuanto á la ejecución, nada notable.

Otra novedad del mismo género se ha estrenado en los Bufos Parisienses: se titula la *Rosière d'ici*, y es una opereta en tres actos, de M. Liorat, música de M. Roques.

En esta producción nos detendremos menos aun. Parece ser que era una obra demasiado pronunciada en el género picaresco, que ha sido abundantemente mutilada por la censura; y tal como se presenta al público, carece de gracia y de interés, no obstante la Judic que es una artista de indisputable mérito.

MARIANO URRABIETA.

De las sociedades de temperancia.

Una de las dos sociedades de temperancia fundadas en Francia, en época reciente, acaba de publicar una importante Memoria, autorizada por su secretario general M. Lunier, sobre esta clase de asociaciones establecidas en diferentes puntos del globo. La importancia de esta materia nos obliga á reproducir sus principales párrafos.

En 1517, Segesmundo de Sietrichsten fundó bajo los auspicios de San Cristóbal, la primera sociedad de temperancia. Mas adelante, el 28 de diciembre de 1600, Mauricio, el landgrave de Hesse, instituyó una orden con igual objeto, en que figuraban la mayor parte de los principes reinantes y un gran número de señores alemanes. Sus miembros estaban autorizados á beber cada día hasta catorce vasos; siendo de advertir que en aquella época solo se conocía el vino y la cerveza, porque el consumo del aguardiente empezó en el siglo XVI.

En 1581 los ingleses se servían como un calmante para sus soldados, en la guerra que sostenían con los Países Bajos; y á últimos del siglo XVII, en Souabe y en los Estados de Osnabrück trataron con gran rigor á los vendedores de aguardiente. Aunque el abuso de las bebidas espirituosas alarmaron á los gobiernos de los países escandinavos, la Rusia setentrional y las Islas Británicas, solo en 1813 se pensó seriamente en establecer una sociedad de temperancia.

En los Estados Unidos se hacia poco uso del alcohol, hasta que en la guerra de la independencia el gobierno tuvo que distribuir diariamente á sus soldados una ración para que soportaran las fatigas de la campaña. Desde entonces la pasión á la bebida tomó gran desarrollo, pues no solo el comercio recibía melaza, aguardiente y ron en cambio de granos y otras provisiones que exportaba, sino que los destiladores encontraban en el continente granos en abundancia y á precios reducidos.

Aunque en abril de 1808 se estableció una sociedad de temperancia en Moreau, condado de Soratoga, Estado de Nueva York; y que en febrero de 1813 se creó otra en Boston, en que se prohibía el abuso de las bebidas alcohólicas, no se obtuvo ningun resultado decisivo, hasta que se creó en Boston el 10 de enero de 1826 otra sociedad americana. En 1829 se contaba ya en los Estados Unidos cerca de 1,000 sociedades locales, que se componían de 100,000 miembros. En 1838 excedían de 8,000 sociedades locales, y 23 del Estado, con 1,500,000 adhesiones. En esta época, no solo el ministro de la Guerra prohibió el uso de los licores en el ejército, sino que en 1832 el mismo Congreso se constituyó en sociedad de temperancia.

En Escocia, desde 1760 se hicieron esfuerzos en favor de la temperancia, hasta que en 1829 se estableció una sociedad en Glasgow, y ya en 1844 se contaba con 400 sociedades unidas á la liga escocesa de temperancia, *Scottish Temperance League*.

La primera sociedad de temperancia en Irlanda fué fundada en 1817, en Skibbereen, canton de Cork, estableciéndose despues otra en New Ross el 14 de agosto de 1829, pero no se consiguieron resultados importantes sino á partir de 1838, en que á estas asociacio-

nes se les imprimió á la vez un carácter político y religioso.

En Inglaterra solo en 1831 se estableció en Bradford una sociedad de temperancia, y en octubre contaba ya con mas de 500 asociaciones, que reunían 130,452 miembros.

En las Islas Británicas las primeras sociedades se constituyeron bajo la base de la temperancia; pero á partir de setiembre de 1832 se enarbó la bandera de abstinencia absoluta; y bajo este principio se cuenta en Europa con mas de 3,700,000 adhesiones, siendo la de mas importancia la Liga nacional, creada en 1º de junio de 1836.

Desde 1828 se crearon algunas en las colonias inglesas de la América del Norte; en 1831, en el cabo de Buena Esperanza, entre los Hotentotes, en las islas Sandwich y en las de la Sociedad; en 1833, en las Indias Orientales y en las Antillas; y por último, en 1834, en Terranova, en la Nueva Holanda y hasta en la tierra de Van-Diemen.

En Sajonia se estableció en 1832 una sociedad de temperancia en Dresde, bajo los auspicios del principe Juan.

En Suecia la primera asociación se creó en 1831, y muy pronto tomó gran desarrollo, hasta que en 1835, en que merced á las leyes que el gobierno dictó sobre el consumo de los alcoholes, hicieron disminuir en una mitad los aficionados á bebidas fuertes. Hoy se calcula en un centenar las sociedades de temperancia de este país.

Dinamarca, Rusia y Austria carecen de esta clase de sociedades; y la Alemania, exceptuando la parte del Norte, contaba en 1854 1426 sociedades, con 1,000,000 de miembros.

En Holanda, desde 1832 á 1842 se crearon algunas sociedades sin resultados notables, hasta que se refundieron en la sociedad Neerlandesa, bajo el principio de abstinencia completa de las bebidas espirituosas. Hoy cuenta de 14 á 15,000 miembros, y desde el 1º de julio de 1846 publica una hoja mensual: de *Volksvriend* «el Amigo del pueblo», habiendo impreso un almanaque y unos sesenta tratados que ha distribuido gratuitamente. En la Exposición de 1867 ha obtenido un accesit por haber contribuido á mejorar la condición física y moral de la clase obrera.

La Bélgica carece de asociaciones de temperancia; pero merced á la iniciativa de la Sociedad de medicina de Anvers, la Federación medical belga, se trata de crear en la actualidad sociedades de temperancia.

En Suiza se fundó hace quince años una asociación con igual objeto en Neuchatel; pero despues de algunas reuniones públicas se refundió en un círculo de trabajadores que presta grandes servicios á la clase obrera.

Algunos años despues se estableció una asociación contra el aguardiente. Esta sociedad hizo llegar á Chevard y San Martin un cargamento de vino que se vendió en el mismo día y que reemplazó en la cueva al aguardiente. Repetida esta operación diferentes veces, concluirán los adversarios de esta clase de asociaciones por pedir su admisión entre los asociados. Ya volveremos á tratar el sistema cooperativo como medio de propagar las sociedades de temperancia.

En un pueblo de las montañas, el Sague, existe una asociación, y sus miembros se obligan á abstenerse de los licores fuertes.

En agosto de 1871, algunos amigos de la Suiza han tratado de promover una sociedad de temperancia, que debia de comprender los cantones de Ginebra, Vaud, Neuchatel y el Jura.

Inútiles fueron las tentativas que en Francia se hicieron por M. Dutrone en 1835 y M. Peyrou de Quimperlé en 1869 para la creación de una sociedad de temperancia. En una Memoria que este escritor publicó, se sostiene que solo el interés personal, auxiliado por las ideas religiosas, puede corregir el vicio de que se trata; y que si el obrero encontraba vinos de primera calidad comprados directamente al agricultor, es decir, no falsificados y perjudiciales á su salud, comprendería fácilmente que en su interés estaba adquirirlos; y en este caso solo quedaba formar en cada localidad una asociación administrada por hombres de abnegación, siendo una de sus bases que las bebidas compradas para las necesidades de la sociedad se conservarían en sus almacenes, que deberían ser distribuidas al precio de compra, y con la prohibición de poderlas vender á los almacenes de vinos.

A la Academia nacional de Medicina de Paris pertenece la gloria de haber tomado la iniciativa para la fundación en Francia de una sociedad de temperancia. La Memoria escrita el 10 de mayo de 1870 por M. Bergeron, en nombre de una comisión compuesta por MM. Béclard, Bouchardat, Gubler, Wurtz y Bergeron, termina diciendo que si el comercio y la industria se oponen á que se prohiban el uso de los espíritus rectificados de granos y de remolacha para el vinagre y la fabricación del aguardiente y de los licores, ó á que se aumenten los derechos de introducción hasta el punto de que se dificulte su adquisición por el comercio, solo queda en Francia que esperar que la instrucción en la clase obrera modifique sus costumbres, ó crear sociedades de temperancia como existen en Suecia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que disminuyan los efectos desastrosos del abuso de los alcoholes.

Desgraciadamente los acontecimientos que sobrevinieron despues impidieron que fueran secundados los

esfuerzos de tan ilustre corporación; pero en 18 de noviembre de 1871 se publicó una nueva Memoria sobre los peligros que produce el abuso de las bebidas alcohólicas, redactada por M. Bergeron á nombre de la Academia de medicina, en la que se propone la creación de una liga contra el alcohol, á fin de poder luchar con este implacable enemigo sin tregua ni descanso.

En esta ocasión no fueron desatendidas las indicaciones de M. Bergeron, pues muy en breve se fundó una sociedad contra el abuso de las bebidas alcohólicas. X.

Francia pintoresca.

UN PASEO POR EL DEPARTAMENTO DEL VAR.

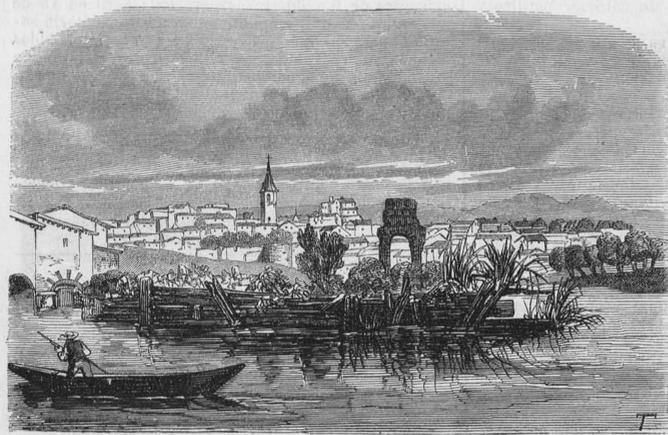
Estamos en primavera.

Los días crecen y los ardientes rayos del sol han empezado á despertar á la naturaleza de su letargo. Ya la violeta y el alelí con sus variados matices y su suave aroma han hecho su aparición; y muy en breve la lila, con su fragante perfume, precedida de la golondrina, enriquecerá ese hermoso tapiz con que todos los años nos brinda la Providencia.

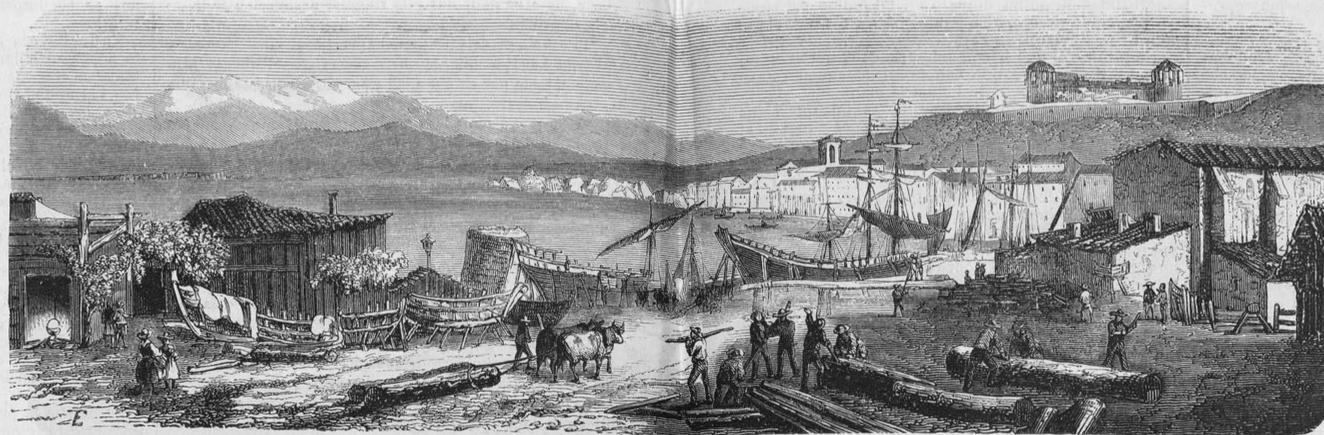
La primavera, que acelera el movimiento de la savia, hace también hervir nuestra sangre, circulando mas precipitadamente en nuestras venas. Entonces, mil pensamientos se agolpan á nuestra imaginación, surgiéndonos la idea de lanzarnos en el espacio para gozar de tan admirable espectáculo. Pero reflexionemos; ¿es llegado el momento de recorrer esa rica campiña, cuando la frescura de la mañana se hace sentir, y á la dulce brisa que se une durante el día, se sucede un viento excesivamente frío? Mas, ¿qué importa? lancémonos, pues, ya que desde la salida á la postura del sol, puedo trasladarme del Norte al Mediodía, y saludar, pasado mañana, los molinos de Solliès, de Pierrefeu ó de Collabrières. ¡Qué cambio tan admirable! Allá la naturaleza apenas se despierta de su letargo, y aquí está en plena actividad y florecencia. ¡Qué de dulces sensaciones no se experimenta aquí, al contemplar tan admirable vegetación! aquí todo tiene ser, encanto: el arroyo, el insecto, el pájaro, el hombre.

Ha venido á ser tradicional, que para encontrar el jardín de Armida, era preciso trasladarse á los alrededores de Var, en donde las personas del gran mundo y los extranjeros han constituido en aquel país una de las reuniones mas importantes de Europa. ¡Qué de sensaciones de placer no experimentará el viajero al recorrer sus costas tan artísticamente cortadas, sus montañas, unas áridas y peladas, y otras pobladas de espesos bosques con robles y pinos marítimos, y con sus valles, regados por pequeños ríos, que al recorrer todo aquel delicioso país sus frescas y cristalinas aguas, forman á cada paso las mas sorprendentes y caprichosas cascadas. Telles, el valle de Barjols, por ejemplo, conocido hoy por el Tivoli de la provincia; las gargantas de Ollioules, que todo el mundo conoce; el valle del Caramy, tan rico en viñas, y en donde se encuentra Brignoles, tan célebre por sus ricas ciruelas; el valle del Argens, uno de los mas bonitos, y las gargantas de Saint-Barthélemy, que recorre el Bresque, y que despues de aumentado el caudal de sus aguas por el torrente de Merdéric, descien- de del castillo de Fabrègue, formando cerca del lugar de Sillans una cascada de 50 metros de altura. Cerca de estas últimas gargantas se encuentra Salernes, pequeña ciudad, en donde el viajero podrá ver las imponentes ruinas de un castillo del siglo XIII, y visitar á la vez el sorprendente olmo que con sus frondosas ramas da sombra á la plaza pública, y en cuyo tronco hace cerca de doscientos años, un zapatero estableció su tienda, como el zapatero remendon de la fábula.

A 15 kilómetros próximamente, al Oeste de Salernes, está situado Barjols, pequeña población construida en forma de anfiteatro y llena de fábricas. Aquí el viajero observará una gruta dividida en tres salas; una que ha servido al culto con un altar en que hay una estatua de la Virgen, y la otra es una bóveda funeraria. Esta gruta está colocada debajo de un antiguo convento de carmelitas, que hoy se encuentra transformado en depósito de harinas. Se advierte todavía en Barjols, una bonita esplanada, plantada de plátanos en forma de bóveda y que está colocada sobre una barranca profunda. Esta ciudad está regada por un río, que por sus amargas aguas, ha tomado el nombre de agua salada, y que desagua cerca de Châteauevert, en el Argens; el río mas caudaloso de aquel departamento. El Argens, procede de un manantial muy abundante que brota cerca de Seillons, no lejos de las Bocas del Ródano, y despues de atravesar todo el departamento del Var, aumentando sus aguas con mas de cincuenta arroyos, forma en medio de su curso una bonita cascada, y en la cual se oculta, volviendo á aparecer á un kilómetro de distancia, y desapareciendo despues en el fondo de Fréjus. Este golfo que ofrece á los arqueólogos tesoros de ruinas antiguas, pasa por una estrecha cañada que separa el bosque del Esterel del de los Maures, y desemboca despues en



Frejus.



FRANCIA PINTORESCA. — Saint-Tropez (talleres de construccion).



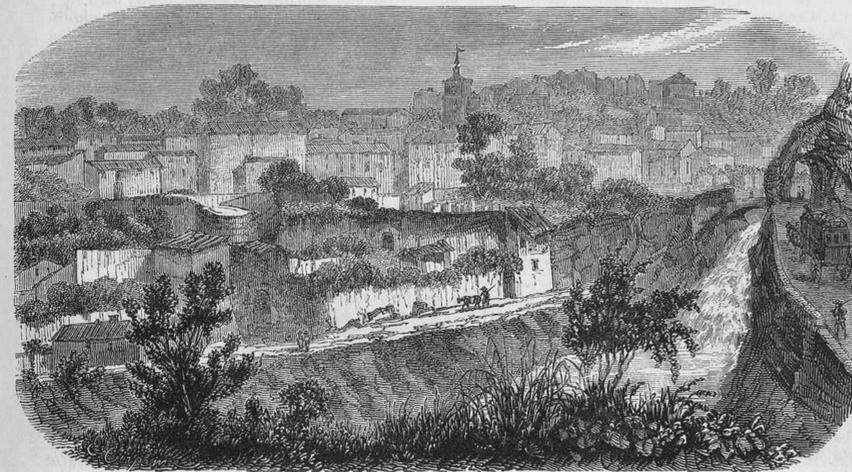
Anfiteatro de Frejus.



Ermita de Nuestra Señora de la Gracia, en Cotignac.



Cotignac.



Barjols.



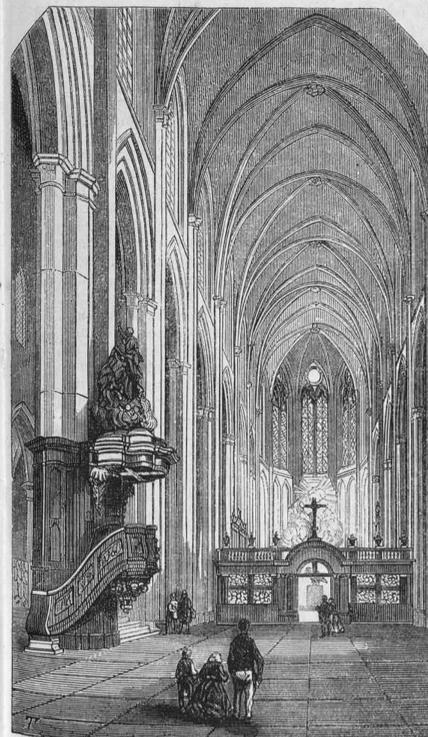
Cascada del Argens.



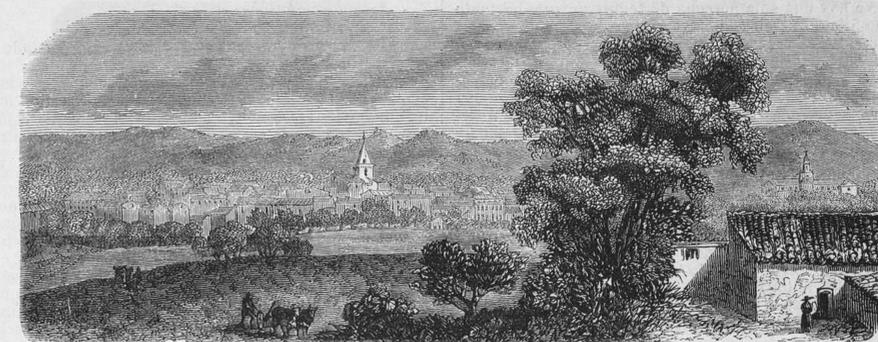
Grua de los Carmelitas, cerca de Barjols.



Cascada de Sillans.



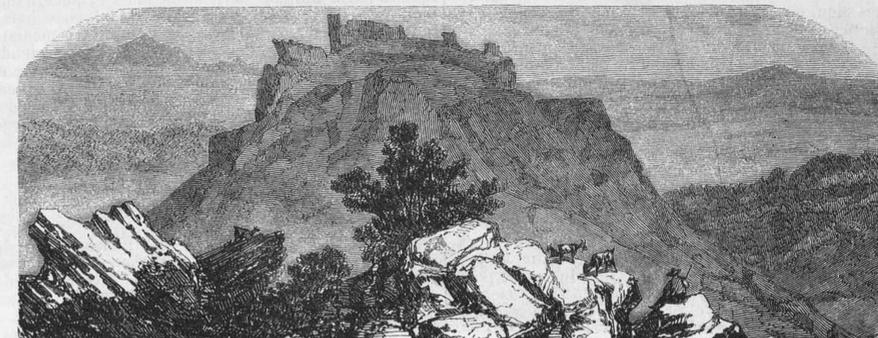
Iglesia de San Maximino.



Brignoles.



Salernes (cosecha de aceitunas).



La Garde Freynet.

el mar. Enfrente, y al otro extremo de la gran abertura que presenta de este lado la ribera, se encuentra, sobre el golfo de Grimaud, Saint-Tropez, admirablemente situada, y que gracias á sus deliciosos sitios y á su clima excepcional, ha llegado á ser, con justa razon, una de las estaciones de invierno las mas frecuentadas de las costas del Mediterráneo. Desde la ciudad se percibe en el horizonte el bosque de los Maures, que la pone al abrigo de los vientos del Norte. La Garde Freynet, es el punto culminante de esa cadena tan pintoresca, con sus robles, sus pinos de Alep, sus madroños siempre verdes, sus mirtos y sus cipreses que pueblan aquellos bosques. Sobre una cumbre escarpada, se levantaba en otro tiempo una poderosa fortaleza, último baluarte en Francia de los sarracenos, que durante muchos años se sostuvieron en ella, sembrando por todas aquellas comarcas la muerte y la desolacion. Sin embargo de que hoy solo quedan ruinas, conserva aun tal aire de amenaza, que el pastor solo se arriesgará á penetrar por sitios tan temidos, cuando una cabra, escapándose á su vigilancia, se extravie por entre aquellas ruinas. En este caso aun titubeará, y solo al tener que elegir entre dos males, el interés le hará escoger el menor.

L. C.

El testamento de M. Arkley.

— Vamos, ya me empieza el dolor que hace poner en movimiento la cabeza del doctor Bromley. ¿Por qué moverá así la cabeza ese viejo loco? Todos conocemos los males á que está expuesta nuestra miserable humanidad, y yo que formo parte de ella tengo... A pesar que desde mi infancia me atormenta este dolor, no obstante no le sufro con gran resignacion... ¡Misericordia!... Esta vez es un espasmo... Todavía algunos como este, y...

Era una noche de invierno y el anciano M. Arkley estaba solo en su aposento, con los piés puestos á la chimenea, teniendo á su lado una taza de té. El monótono ruido que el agua hacia al caer, y el fuerte viento que entonces reinaba, influia, sin duda, en aumentar la melancolia de M. Arkley, pues añadió:

— Seguramente me moriré algun dia; y aun admitiendo que Bromley me sobreviva, que no es probable, pues el olor de sus drogas, unido á sus remordimientos de haber enviado tanta gente al otro mundo, le acelerará su muerte; entonces Bromley afectará grandes conocimientos médicos, y declarará que ya habia pronosticado mi muerte, observacion harta discreta que hará honor á su perspicacia. En cualquier caso que sea seria prudente hacer una cosa... Y ¿por qué no resolverme en seguida? Si, debo extender mi testamento, pues no soy tan pusilánime que pueda conmovirme. ¿En dónde hay papel?

Una vez el papel delante de él, y la pluma cortada, M. Arkley se tendió en su sillón.

No hay una sola persona de temperamento bastante flemático, que sin conmovirse pueda escribir su testamento; al recordar que es la última comunicacion que dirige á los seres vivientes; las últimas instrucciones que sus amigos, convocados en la sala mortuoria, recibirán antes de separarse de él, sin que pueda oír sus comentarios, ni dar la menor explicacion á sus preguntas. Un hombre en estas circunstancias puede muy bien reflexionar y hasta detenerse con frecuencia antes de dictar su última voluntad.

M. Arkley pareció que empezaba con bastante facilidad, pero despues de trazadas algunas líneas, vacila, se pasa la mano por la frente, abandona su sillón poniéndose á recorrer su habitacion á grandes pasos.

— ¿Era necesario, murmura, que Jorge me impidiera concluir mi trabajo? De otro modo nada me hubiera detenido. En cuanto á Federico Teesdale, conozco la diferencia que existe entre él y Jorge, aunque haya otros que lo desconozcan. Algunos creen que mis dos sobrinos « tienen esperanzas. » Si esto es exacto, no será culpa mia si Federico toca un cuarto de mi dinero. Todo se lo dejo á Jorge, á menos que... Aquí llega justamente; le conozco en el modo de llamar. Pues bien, que entre y le diré en qué me ocupaba, y cederá; es necesario que ceda.

— Buenas noches, tío, dijo sonriendo al entrar un joven de veinte y siete á veinte y ocho años; ciertamente que no esperarías verme con un tiempo como el que hace, ¿no es verdad? pero he encontrado esta tarde al doctor Bromley, y...

— Que el diablo lleve á Bromley, Jorge, ó que le asaeten con su misma lanceta; llegas á tiempo, porque pensaba en tí en este momento. Siéntate pues, en ese sillón, y colócate con toda comodidad hasta que nos sirvan la cena, pues supongo que habrás tomado el té. Entre tanto te diré en qué estaba ocupado en este instante.

Jorge Arkley obedece y se sienta en el sillón, no tan cómodamente como su tío se lo habia indicado, porque el exordio de este le habia turbado visiblemente, como si hubiera tenido el presentimiento de que iba á tener lugar alguna conversacion desagradable.

— Acabo, Jorge, de exclamar, el diablo lleve á Bromley, y sin embargo, en este momento sigo sus pres-

cripciones. ¿Ves este papel? ¿qué crees que representa?

— No tengo la menor idea, tío mio.

— Es un proyecto de testamento. Jorge, escúchame. Cuando hace un cuarto de hora me decidí á hacer mi testamento, creí que me hubieran bastado dos minutos, y creo que no hubiese necesitado mas, á poder estampar dos líneas. Pues bien, hijo mio, continuó el anciano, colocándole afectuosamente la mano sobre el hombro, desearia concluir lo que tengo empezado. Solo deseo una palabra, Jorge, y esta palabra, ¿entiendes? y lo poco que poseo, un poco mas de veinte y tres mil libras, las dejaré, exceptuando algunos legados particulares, ¿á quién, Jorge?

— Creo, querido tío, que os referis á mí; no tengo palabras con que mostraros mi agradecimiento, por tanta bondad y tanta generosidad, y sin embargo, permitidme que os recuerde que hay otro que tiene los mismos derechos que yo.

— No admito observaciones sobre este punto, sobrino; pero volvamos á la cuestion. Quiero obtener de tí esa « palabra. » ¿Te opondrás, quizás, á tranquilizar y alegrar á este viejo corazón, que cesará tal vez de latir dentro de algunos momentos?

— Mi querido tío, dijo Jorge Arkley, visiblemente conmovido. Dios es testigo de lo penoso que me es entrar en esta cuestion; la única, quizá, sobre la cual no nos podamos jamás poner de acuerdo.

— ¡Jamás! no digas jamás, Jorge. No es posible que el amor que sientes por esa joven te ciegue hasta el punto de que te se oculte lo que hay de reprehensible en su conducta. Creo que no estarás resuelto á cometer una locura que rechaza tu buen sentido, y que mis súplicas te detendrán tambien en esa senda de perdicion. Esa Emelina, á quien tanto amas, es una coqueta que no se inquietará por tí, ni por ninguno de sus adoradores, si encuentra otro en mejor posicion social, y en este caso te despreciará, riéndose en tus narices.

Jorge baja la cabeza. ¿Diria su tío tal vez la verdad? Lo temia, y sin embargo, ¿cómo renunciar á Emelina?

— No sabéis bien el mal que me haceis, tío, murmuró Jorge con dolor.

— ¡Bah! exclama M. Arkley, no eres un niño, y seria extraño que á los treinta años te murieras de amor. Hablemos, pues, formalmente; accede á mis súplicas, y me habrás proporcionado la mas grata satisfaccion que he podido gozar desde hace algun tiempo; rompes ese lazo ó ese nudo, como tú quieras llamar, que te tiene tan unido á esa coqueta, ¿no es así?

Jorge se levanta, y aunque habitualmente carecia de entereza, en esta ocasion contestó con un aire resuelto.

— Me es absolutamente imposible, tío.

— Pues bien, ved lo que es tambien imposible, sobrino; escucha.

Entonces leyó con voz alterada lo que acababa de escribir, que se reducía á algunos legados, como habia dicho, y despues la donacion toda entera con intereses y capital á... No habia mas que llenar el hueco del nombre.

M. Arkley tomó la pluma.

— Jorge, por última vez, reflexiona.

— No puedo daros otra contestacion.

M. Arkley llena el blanco « al hospital del condado » y volviéndose hácia su sobrino:

— Creo, le dijo, que seria prudente que no me acompañes esta noche, pues nuestra conversacion me ha conmovido; y diciendo esto, alargó la mano al joven, que este se apresuró á tomar y apretarla entre las suyas.

¿No os habeis despertado alguna vez en medio de la noche, caro lector, con vuestra imaginacion presa de la mayor turbacion y rodeada de mil espectros, por ciertos hechos de vuestra vida, que parecian destinados particularmente á recordaros pesares, inquietudes y remordimientos? Así se despierta M. Arkley en esta fatal noche. Se sentia el pecho oprimido y su espíritu dominado por una terrible agonía. Parecia que habia llegado su última hora, y estaba mal preparado. ¡Mal preparado!... ¡Ah! con cuánta frecuencia sucede así en la mayor parte de los que se encuentran en tan triste estado; pero la conciencia de monsieur Arkley le acusaba en esa noche de un hecho que le hacia aun mas horrible la muerte, pues habia cometido un acto injusto, arbitrario algunas horas antes. Felizmente este error podia todavía remediar-se. M. Arkley se levanta precipitadamente; enciende la lámpara, y desplegando con mano temblorosa el testamento que horas antes habia colocado en un cajón de su mesa, tacha la palabra « hospital del condado » dejando ver en su lugar el nombre de Jorge Arkley.

II.

Ocho dias despues, M. Arkley se hallaba cerca de la chimenea, despues de haber acabado de copiar su testamento, con tanto esmero como hubiera podido hacerlo un escolar, pues le repugnaba enviarle á los hombres de la ley lleno de tachones.

— El nombre quedará el mismo, se dijo M. Arkley, pero Jorge nada sabrá sino despues de mi muerte. Tal vez entonces comprendiendo cuánto le amaba, y que

su obstinacion no ha influido en mi ánimo para que yo prescindiera de él... ¿Tú aquí, Federico? No sabia ni aun que estuvieras en casa.

Un joven con una fisonomía agradable, pero con un aire insolente, y vestido con gran elegancia, estaba delante de M. Arkley y la tendia la mano.

— ¿Verdaderamente, tío mio, no sabiais que estuviese yo aquí? Esto prueba que hago poco ruido en el mundo. ¿Me han dicho que habeis estado enfermo? ¿Estais hoy mas aliviado?

— He estado enfermo hace ocho dias, respondió con cierta acritud M. Arkley: ya estoy mejor.

— Trabajais hasta demasiado tarde, por lo que veo, tío, añadió el sobrino, echando una rápida mirada, indiferente en apariencia, pero en realidad llena de una grande curiosidad sobre los papeles esparcidos sobre la mesa.

— Me gusta el trabajo casi tanto como á tí los placeres; tal fué la contestacion tan poco cortés de M. Arkley, que se apresuró á recoger sus papeles, cuidando de colocarlos á un lado de la mesa.

¿Cómo hubiera deseado Federico Teesdale apoderarse de estos papeles! Creia adivinar que sobre la mesa estaria el acta del testamento, y deseaba no salir antes de saber á qué atenerse; y si bien su tío demostraba pocos deseos de que se prolongara su visita, su intencion era no despedirse tan pronto. Se sienta despues, sin esperar á que M. Arkley le hiciera la menor invitacion, y promueve la conversacion sobre diferentes materias. Entre tanto sirvieron la cena, sentándose el tío y el sobrino uno enfrente del otro.

Como á Federico no le faltaba talento, consiguió que M. Arkley se mostrase mas amable, y merced á las mil anécdotas que despues refirió, Teesdale obtuvo que entrara en una discusion animada, rociando el anciano Arkley sus argumentos con vino rancio de Oporto, su vino favorito, aunque severamente prohibido por el terrible doctor Bromley.

Habian dado las doce de la noche. ¿Cómo era que habia pasado la noche tan pronto? ¡Y las cartas que no se habian llevado al correo! M. Arkley se levanta precipitadamente: su mano tocaba ya al cordón de la campanilla, cuando vacila y cae.

No quisiéramos decirlo, pero creemos que el joven Federico Teesdale murmuró:

— Esto es lo que yo esperaba, ú otra frase análoga.

Lo que hay de cierto es que no se mostró sorprendido, contentándose con extender su brazo bastante á tiempo para impedir que su tío cayera al suelo, y colocarle en su sillón. ¿Cuál fué entonces su conducta? ¿Tiró del cordón de la campanilla? ¿Pidió socorro? ¿Envió entonces á buscar precipitadamente al doctor? ¡No, nada eso! Las personas sensatas deben tomar las cosas mas tranquilamente; y puesto que la situacion le ofrecia ventajas, era necesario utilizarlas. M. Arkley habia perdido completamente el conocimiento; y despues que Federico Teesdale se aseguró de cuál era su verdadero estado, se apodera de las cartas no cerradas todavía, y fija su atencion en una en que se leia en el sobre: « Tompkins y Sharpe. » Seguramente no habia sido desafortunada su eleccion, pues muy pronto estuvo al corriente del testamento.

Primeramente era una carta de M. Arkley incluyendo su testamento y rogando que despues de sacar copia, se lo remitiera para poder estampar su firma. Despues venia el testamento.

Federico Teesdale le abre, y despues de leerle con estupor, exclamó:

— ¡Esto traspasa los límites de las mas tristes previsiones! ¡Nada, ni un chelín! ¡Todo se lo deja á ese sobrino que tanto aborrece; todo, á excepcion de algunas sumas insignificantes! No podia tener la menor duda, pues estaba escrito en todas sus letras. Entonces Teesdale mira al pobre anciano que estaba postrado en el sillón, sintiéndose ya con valor bastante para acabar la obra que el ataque habia empezado. El tenia razones imperiosas para que este testamento no viera la luz del dia; tenia primeramente deudas, deudas apremiantes. Además tenia á Emelina Waveley, á esa misma joven de que Jorge estaba tan enamorado, y á la que Federico amaba con toda la sinceridad de que era capaz. Sin embargo, Teesdale conocia que una cabaña y un corazón no llenaban sus deseos, á menos que la cabaña no se trasformara en una lujosa casa de campo. Era pues necesario obrar, pero obrar inmediatamente. ¿Qué hacer? ¿Destruir el testamento y las cartas? Pero si M. Arkley llega á morir sin testar, ¿qué sucederá entonces? Teesdale no era abogado, y el código no se le vino á su imaginacion tan pronto como él lo hubiera deseado. Además, si M. Arkley se reponia de este ataque como de los anteriores, ¿cómo explicar la desaparicion del testamento? Sin embargo, era indispensable tomar una resolucion. Todavía el virtuoso joven mira á su tío, y echa despues otra mirada sobre el testamento, llegando por fin á esta conclusion: Admitiendo que el anciano se restablezca, es indudable que no recobrará jamás el completo uso de sus facultades; y si algun recuerdo conservara de su testamento, ¿tendria bastantes fuerzas para firmar? Además era dudoso que le quedara bastante lucidez para recordar los términos en que estaba redactado; y aun admitiendo esta hipótesis, la resolucion que Teesdale debia tomar era muy sencilla: modificarle ligeramente en su forma, pero sin tocar á la parte principal.

Teesdale vuelve á examinar el fatal documento, y observa que la letra era, como ya hemos dicho anteriormente, casi una letra de estudiante, ancha y con

caracteres mal trazados; observó también que en cabeza de la página quedaba una gran margen. Perfectamente, nada había más sencillo en el plan que M. Federico Teesdale se había propuesto seguir, pues conocía aproximadamente á cuánto ascendía la fortuna de su tío, pues había tenido bastante cuidado para hacer un cálculo.

Algunas palabras trazadas sobre un pedazo de papel aparecieron muy en breve en gran semejanza con la escritura del anciano.

¡Ah! un ligero sentimiento de disgusto y de temor, cierta repugnancia inherente á los detalles secundarios de la operación, le hicieron vacilar un instante al sobrino; pero, ¡bah! era necesario pasar el Rubicon, y por fin lo pasa.

Algunas palabras intercaladas al principio de la página producían un admirable efecto.

El testamento empezaba, como hemos dicho, por algunos legados, y concluía por la donación á Jorge Arkley.

Leído por Federico Teesdale, empezaba así:

«Doy á mi sobrino Federico Teesdale veinte mil libras esterlinas.»

Hecha esta feliz modificación, M. Teesdale llama á su ayuda de cámara, y después de haber trasladado M. Arkley al lecho, envió á buscar al doctor. Al regresar el criado Jaime, le dijo Teesdale con cierta negligencia:

— Echad estas cartas al correo, que vuestro amo se ha olvidado daros antes.

Jaime toma las cartas, y sale.

Pasados algunos momentos llega el doctor Bromley, examinando el enfermo con gran atención, y después de informarse de todo lo que hubiera podido ser la causa de la crisis, reflexiona algunos instantes, diciendo con un tono grave:

— Tenemos un ataque.

— ¿De la misma naturaleza que los anteriores, doctor? pregunta Teesdale.

— Lo creo, M. Teesdale, respondió Bromley.

— ¿Y hay peligro?

— Querido, contestó el doctor con énfasis, hay complicación en el padecimiento de vuestro tío, y cuando existe complicación hay siempre peligro; hay peligro á causa de la enfermedad misma, y peligro á causa también del... del...

— Del tratamiento, doctor.

— ¡Ah!... sí, tenéis razón, del tratamiento. Sin embargo, si se me confía á mi solo el enfermo, creo poder responder del resultado.

— No se me ocurre en este momento á quién llamar, dijo Teesdale, á menos que mi primo Jorge Arkley traiga al doctor Javers para disminuir vuestra responsabilidad.

— ¡Javers! Pues bien, ved aquí el inconveniente, M. Teesdale, contestó vivamente el doctor. Escuchad lo que me acaba de suceder con Javers. Era un caso muy grave, pues el enfermo padecía del corazón y del pulmón. Desde luego estuvimos de acuerdo sobre la enfermedad, solo que el doctor Javers quería obrar sobre el corazón y yo sobre el pulmón. Después de una larga controversia, nos decidimos á seguir cada uno nuestra opinión; el doctor Javers prescribía para el corazón y yo para el pulmón.

— ¿Y cuál fue el resultado, doctor?

— Que el enfermo falleció. ¿Podría quizá esperarse otro resultado?

— No, difícilmente, contestó Teesdale sonriendo.

— Otra vez, continuó el doctor, era un caso muy distinto. Javers y yo fuimos convocados á una consulta, y recordando lo que me había sucedido en el caso anterior, decidí no omitir mi opinión en caso de complicación. Desgraciadamente existía esta complicación, de modo que, á excepción de algunos calmantes que le receté, os declaro francamente que no hicimos nada. Si, diariamente nos reunimos en consulta, durante quince días, en que analizamos, discutimos el caso según todas las reglas de la ciencia; pero como en todo este tiempo el pobre enfermo no tomaba ningún remedio...

— ¿El desgraciado se moriría, naturalmente?

— ¡Oh! no. Se curó. Sin embargo, continuamos asistiéndole, á fin de prevenir una recaída.

— Perfectamente, mas vale tarde que nunca.

— Sí, pero era demasiado tarde, pues era una constitución demasiado debilitada. El pobre hombre en un principio parecía que iba recobrando sus fuerzas, pero á los pocos días murió.

— Voy á prevenir á Jorge Arkley, doctor, dijo Teesdale, que empezaba á molestarle la conversación; no abandoneis esta noche á mi tío, os lo suplico; mañana temprano volveré.

Federico Teesdale, que se hallaba presa de cierta agitación nerviosa, producida, no por el viejo oporto, sino mas bien por la tarea algún tanto tenebrosa que acababa de ejecutar, anduvo durante algún tiempo al azar, hasta que por fin dirige sus pasos á un jardín rodeado de casas, deteniéndose delante de una puerta. Aquí era en donde vivía miss Emelina Waveley en compañía de una tía anciana.

A pesar de la hora tan avanzada, miss Emelina estaba todavía visible, porque acababa de entrar del baile. Teesdale se dirige á ella, pero fué acogido con marcada frialdad.

— ¿Estais ofendida, Emelina? le dijo sorprendido.

— Ignoro por qué me dirigis esta pregunta, M. Teesdale.

— Creo, sin embargo, usar de mi derecho, contestó el joven con calor.

— Y yo, como estoy persuadida de que no tenéis ninguno, contestó Emelina con tono seco, os pediré permiso para retirarme, pues es demasiado tarde.

Al terminar, miss Emelina se levanta, dirigiéndose hacia la puerta.

— ¿Qué nuevo capricho es ese, miss Waveley? ¿Quién os ha aconsejado obrar de esta manera conmigo? ¿Qué habeis visto esta noche en el baile?

— Cuidado con insultarme, M. Teesdale; ya sabeis que aquí solo hay mujeres; pero os prevengo otra vez que me retiro.

— Creo que habeis perdido vuestra razón, gritó fuera de sí Federico. ¿Creeis por ventura que esto quedará así? Pues os equivocais. ¿Estais preparada á que mañana se hagan públicas nuestras íntimas relaciones?

— ¡Qué! ¿me amenazais? dijo miss Emelina; vuestra conducta es generosa y digna de un caballero.

— ¿Pero quién os ha prevenido en contra mía? añadió Teesdale. ¡Ah! ya comprendo, exclamó de repente, palideciendo de rabia. Habeis estado en casa de los Stanley, y habeis visto á Jorge Arkley.

— No necesito contestaros; pero hacedme el gusto de salir de mi casa.

— ¿Dejar la casa? Sí, seguramente que la dejaré; pero antes oidme.

Y aproximándose á la joven, Federico Teesdale murmuró algunas palabras al oído.

Estas palabras debieron causarla grande impresión, porque miss Emelina no encontró una sola que contestar, volviéndose extremadamente pálida.

Entonces Federico Teesdale se lanza fuera de la casa.

— Y por esta mujer acabo de cometer un... murmuró con rabia; por ella tal vez me veré bajo la acción de...

Federico Teesdale se detiene, temiendo llevar mas adelante sus conjeturas.

III.

Como no existe ninguna razón, querido lector, para dejaros de iniciar en los secretos de miss Emelina, os diré que una persona, cuyo nombre es completamente inútil indicar, que entró á arreglar el fuego de la chimenea en la habitación en que M. Arkley había dejado el testamento, se enteró de su contenido, la cual se apresuró á hacer partícipe de su descubrimiento á la doncella de miss Waveley. A pesar de la preferencia que esta sentía por M. Federico Teesdale, era aun mayor la que tenía por la fortuna de M. Arkley, de modo que las esperanzas de Jorge se encontraron de repente á grande altura. Así que, cuando se acercó á saludar en el baile á miss Waveley, no pudo menos de sorprenderse de la benévola acogida con que fué recibido.

Al alejarse Teesdale de la morada de miss Emelina, resolvió presentarse en la administración de correos para reclamar la carta dirigida á Tompkins y Sharpe, ó romper la caja si se la rehusaban, cogiéndola á viva fuerza; pero desistió de su tentativa al recordar que por la hora que era habría pasado á la administración principal, se volvió pues á su casa y se acostó, soñando con los agentes de policía y encontrándose al día siguiente con la fisonomía de un criminal.

En los momentos en que nuestra imaginación es presa de grandes perturbaciones y de inquietud moral, el ejercicio físico es un gran paliativo. Así fué como Federico se encontró mas tranquilo después de haber recorrido la distancia que le separaba de la casa de su tío.

Teesdale fué recibido por su sobrino de una manera hasta cordial.

— He llamado al doctor Javers, dijo Jorge, y en este momento está en consulta con el doctor Bromley. Han recetado algunas cosas, sin que hasta ahora hayan conseguido un resultado notable; pues si bien nuestro pobre tío sale de su letargo, casi inmediatamente vuelve á perder su conocimiento. Aquí tenemos justamente á M. Bromley. ¿Y bien, doctor?

El doctor mueve la cabeza.

— Existe complicación, y cuando hay complicación existe el peligro. Hemos tenido un ataque, y no es el primero. Ya no somos tan jóvenes como hace algunos años, y estamos muy débiles.

— ¿Y qué dice el doctor Javers?

— ¿Javers?

Y el doctor mueve otra vez la cabeza.

— Javers teme por el pulmón.

— ¿Sois de su misma opinión, doctor?

— No, precisamente; yo me inclino porque sufre del hígado.

— ¿Es posible? Jamás he sabido que mi tío padeciera de esa enfermedad. Supongo que habeis adoptado un tratamiento.

— Seguramente, contestó el doctor con viveza; atacamos energicamente la enfermedad, y... y...

— ¿Teneis esperanza de que pronto se presente algún síntoma de alivio?

— ¡Oh! no; nuestro pobre enfermo se debilita de día en día.

— ¡Gran Dios! doctor, exclama Jorge Arkley. ¿Teneis por ventura temores fundados por la vida de mi

tío? ¿Cuál es vuestra opinión sobre su verdadero estado?

— ¡Oh! M. Arkley, en semejantes casos casi no puede uno tener opinión formada. Sin embargo, no creo aventurar demasiado diciendo que vuestro tío volverá en sí, á menos que...

— Este doctor es un charlatan, dijo Jorge á su primo, mientras que el doctor se alejaba. Javers es tan ignorante como él, y por consiguiente es necesario llamar á sir Tomás Mawley.

Sir Tomás llega. Era uno de los profesores mas eminentes de la facultad, y ante el cual se inclinó humildemente el doctor Bromley. Sir Tomás dispuso que se suspendieran todos los medicamentos prescritos en la consulta, quita las cortinas del lecho, desembaraza al enfermo de la mitad de sus cubiertas, y entreabre ligeramente el balcón. M. Arkley recobró su conocimiento casi instantáneamente. Después sir Tomás ordena un caldo de vaca y una copa de jerez; todo esto fué el negocio de diez minutos. Los dos primos, después de haber acompañado al ilustre médico á su coche, se encontraron solos á la cabecera del enfermo, pues el doctor ya había desaparecido.

— Jorge, murmura M. Arkley, desearia hablar á Tompkins.

Jorge no había entendido lo que su tío le había dicho; pero Federico lo comprendió.

— Quiere hablar á Tompkins y Sharpe, dijo; salgo al instante á buscarle.

Jorge da las gracias á su primo, y Federico sale precipitadamente.

La noche se aproximaba cuando Federico llega al estudio de MM. Tompkins y Sharpe.

M. Sharpe le recibió, manifestándole que había recibido de M. Arkley una carta y el testamento, añadiendo que este último documento estaba dispuesto para la firma.

— Pues bien, en este caso, M. Sharpe, dijo Teesdale, os ruego dispongais que uno de los escribientes, M. Tarsey por ejemplo, me acompañe inmediatamente, porque no hay tiempo que perder.

M. Tarsey fué llamado, y partió al instante con Teesdale, á quien conocía sin duda, á juzgar por la conversación que muy en breve se entabló entre ellos.

— Sois muy afortunado, M. Teesdale, dijo el escribiente, y permitidme que os lo diga, pues se creía que M. Arkley no os tenía gran afecto.

— Quereis decir, supongo, que mi tío no me ha olvidado completamente en el testamento. Indudablemente es el mejor de los hombres; pero es algo caprichoso. Anoche estuve con él, Tarsey, y le encontré en verdad poco amable; casi adusto.

— Es cosa sorprendente; en el mismo momento quizá que acababa de tomar semejante disposición en vuestro favor.

— A propósito, Tarsey; decidme la costumbre que se sigue en semejantes casos. ¿Leeis textualmente en alta voz antes de hacerle firmar?

— Seguramente, M. Teesdale; hacemos lo posible para que el enfermo comprenda lo que va á firmar.

— ¡Ah! tenéis mucha razón... ¿Si tomáramos un vaso de vino antes de entrar, Tarsey? ¿Qué decis á esto? No sería el primero que hemos bebido juntos.

Teesdale decía desgraciadamente la verdad. Tarsey bebía con gusto un vaso de vino, y hasta hubiera provisto su cueva de los mejores vinos; pero desgraciadamente hacia mucho tiempo que la tenía vacía, mientras que su sed iba en aumento, en proporción que disminuían las rentas del pobre escribiente.

Teesdale y Tarsey muy pronto se sentaron al rededor de una mesa, teniendo delante una botella de Oporto, que después de vaciada, Teesdale pidió que fuera reemplazada por otra.

El escribiente se resistía, aunque sin mostrar una gran insistencia.

(Se continuará.)

Las rocas de Franchard

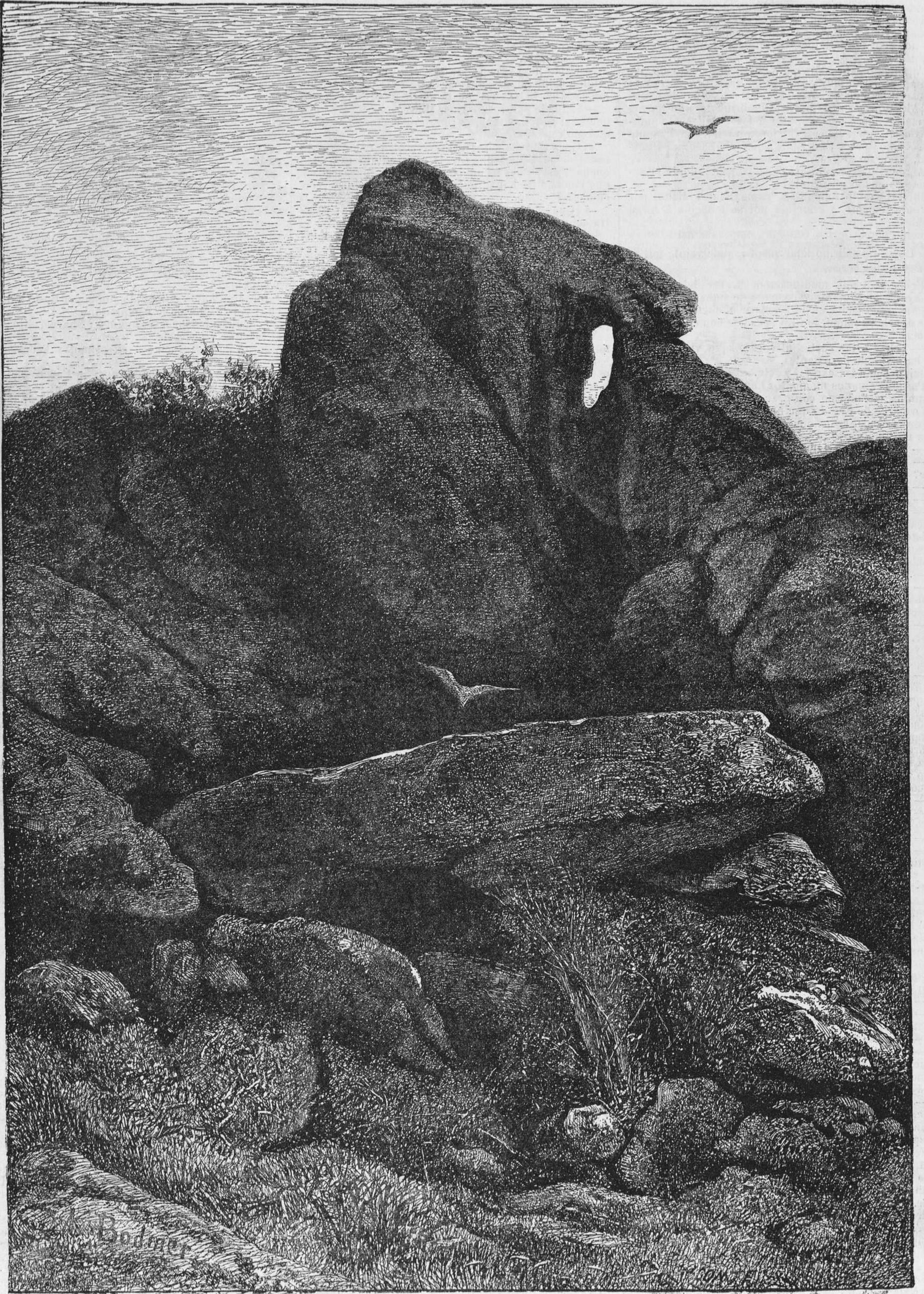
EN LA SELVA DE FONTAINEBLEAU.

La selva de Fontainebleau es una de las principales de Francia, y así sucede que los artistas la estudian con particular predilección, y todo el verano llama sin cesar numerosos visitantes. Diferentes veces hemos dado en este periódico algunas de sus vistas mas notables; y hoy añadimos á la colección ya publicada, la que representa las gargantas de Franchard.

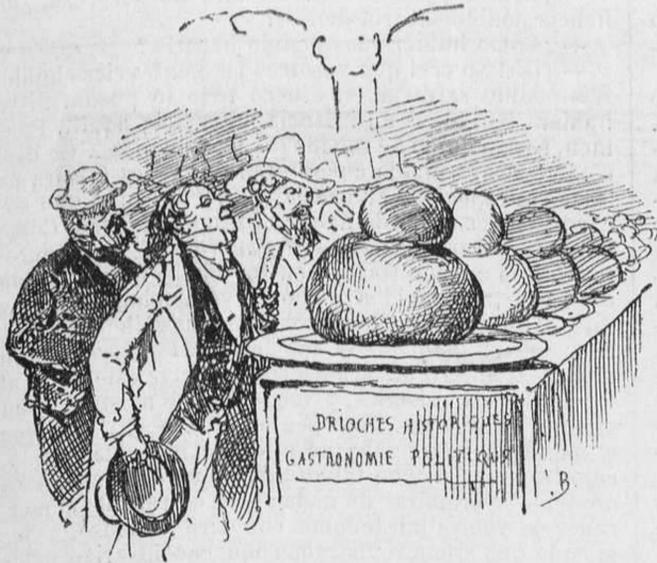
Nada mas severo que el aspecto de esas gargantas angostas y profundas, encajonadas en una doble hilerá de rocas, formando largas cordilleras, que en ciertos sitios se elevan á 140 metros sobre el nivel del Sena, en línea paralela, casi en línea recta. En varios puntos se ven enormes peñascos desprendidos de las cumbres que se han detenido en los accidentes de las colinas, y que aglomerándose unos sobre otros, han llegado á tomar las posiciones mas extrañas.

El lugar que figura nuestro dibujo es uno de los mas sombríos, lugar siniestro, envuelto en un silencio eterno.

L. C.



Las rocas de Franchard en la selva de Fontainebleau.



Exposicion de Gastronomía.
Tortas y bollos de todos colores, cocidos sucesivamente en el mismo horno.



Exposicion Gastronómica.
— Mira, yo soy tolerante; y apruebo que los ciudadanos se refresquen el gáznate con vinos de todos colores.



— Todo se vuelven reformas. No me desagrada que se aumente la capacidad de los jarros.



Exposicion de Bellas Artes.
— Los últimos días de la recepción de cuadros.



Reformas en la moda.
— Parece ser que haremos economías. Mira ese vestido y asómbrate: no cuesta más de 4,200 francos.



En el baile de máscaras.
— ¿Quién eres, mascarita?
— No lo digas a nadie: he venido de incógnito para tantear la opinión, soy M. Thiers.



Supresion de la reina de las Lavanderas.
— Estamos en República, y no hay *media-cuarezma* que valga; se acabaron ya las coronas.



El valor de los artistas.
— Me parece que Julia baila demasiado con ese joven.
— Es un artista. He oído decir que su maestro ha vendido el otro día un cuadro por 80,000 fr., y quizás le dejará su estudio.



— Ya no hay Pirineos.



De vuelta de viaje.
— ¿Vienes de Madrid sano y salvo, habiendo pasado por la línea del Norte? Pues te felicito con toda mi alma.



La mujer de fuego, nuevo drama.
Recuerdos incendiarios del Teatro de la Puerta de San Martín.



Liberacion.
— ¡Vamos, muchacho! ¡Un buen abrazo á tu madre!

Mara,

Ó LA JÓVEN DESCONOCIDA.

(Conclusion. — Véase el número 1,056).

— Gracias, me respondió; vuestra amistad y afección me sostendrán en mi desgracia; pero no trateis de descubrir mi secreto; ya lo sabreis cuando nos reunamos en el cielo. Adios, consolad á Arturo, y consolad tambien á mi hija.

Su tranquilidad y su resignacion desde el principio del proceso me habian admirado. Parecia que la revelacion hecha á Arturo respecto de sus antecedentes, la habia llevado la mas completa tranquilidad á su alma: no era la misma mujer, y no cesaré de admirar el valor y la resignacion con que soportó su desgracia.

— ¿Qué terrible secreto puede encerrar esta alma? me preguntaba á mí mismo al volver cerca del lecho de mi desgraciado amigo.

Igual pregunta nos habiamos dirigido Arturo y yo; pero Mara se enderezaba siempre ante nosotros como un esfinge impenetrable. Arturo, en medio de su delirio pronunciaba mi nombre, gritando:

— ¿Habeis descubierto el secreto? Debe estar ahí, entre esos papeles. Leedlos con detencion.

Los papeles de que se trataba eran los periódicos que habian publicado diez años antes el proceso de Mara. Despues de haberle leído con detencion estamos convencidos que al contar su historia á Arturo antes de su casamiento, Mara no habia alterado la verdad; únicamente habia ocultado una parte. El nombre de Child la pertenecia realmente, puesto que era el de su madre. Hort era el de su padre, que su madre habia adoptado y que ella misma llevó hasta que fué condenada. La seducción y abandono de que su madre habia sido víctima, era desgraciadamente verdad. Era igualmente cierto que una familia rica habia recogido á Mara. Este periodo de su vida era realmente posterior, como habia dicho, á la muerte de su madre; pero ella no logró colocacion hasta su salida de la prision por el indulto que obtuvo su bienhechor, que pertenecia á la Sociedad de libertad de presos. En cuanto á su conducta algo dudosa hacia la jóven, fué confirmada por confesion del mismo personaje á quien vimos, confesando que la hermosura y las gracias de Mara le habian seducido, sin que jamás hubiese dudado de su inocencia.

Véase ahora las circunstancias que mediaron para que Mara fuera condenada. Despues de la muerte de su madre la jóven se fué á vivir en compañía de una obrera de taller llamada Jesse Mill. Esta jóven habia observado al principio una vida ejemplar; pero habiendo entrado en relaciones con un aventurero de malos antecedentes, Jem Raff, se ve obligada á ocultar los objetos robados por este. Una noche, con motivo de un robo de alhajas cometido por Jem Raff, la policía, que iba ya en su persecucion, penetra en el domicilio de Jesse Mill, en donde se suponía que se hallaba oculto. Jem Raff huye por los tejados. El agente de policía que entró en la habitacion se lanza en su persecucion; pero en el momento de saltar por la ventana, recibe por detrás un golpe que le hace perder el equilibrio y precipitarse en la calle, donde espiró á los pocos momentos.

Cuando se presentaron los otros dos agentes, el crimen habia sido ya cometido. Las dos mujeres atribuyeron esta desgracia á un accidente; pero un vecino declaró en el proceso que habia visto desde su ventana á una de estas dos mujeres herir al agente, sin que pudiera determinar cuál de las dos habia sido. Mara se declaró desde luego culpable de homicidio, y por consiguiente condenada á siete años de prision mientras que Jesse Mill, como encubridora, solo se la impuso la pena de algunos meses de cárcel.

La sentencia dictada en la causa seguida á Mara Hort, excitó las criticas acerbas del público y de la prensa, pretendiendo que su hermosura y su juventud habian influido sobre el tribunal. De todos modos, este asunto nos pareció algo oscuro, y siempre creímos, Arturo y yo, que encerraba un misterio: las afirmaciones de Mara no nos dejaban ninguna duda.

En vano suplicamos á Mara que nos revelara el fatal secreto; pues siempre rehusó con una indecible obstinacion, alegando que no le pertenecia, y que además, aun cuando hablase, no seria bastante para salvarla.

Si hubiéramos podido interrogar á Jesse Mill ó á Jem Raff, habriamos intentado obtener de ellos algunos datos que aclararan este misterio; pero era necesario emplear otros medios, pues Jesse Mill habia desaparecido despues de cumplida su pena, y la policía habia perdido sus huellas; y en cuanto á Jem Raff, desde su evasion por los tejados, que fué causa de la muerte del desgraciado agente, se ignoraba su paradero. Sin embargo, no nos dimos por vencidos, pues registramos todos los chiribitiles de Whiterchapel, interrogamos á un sin número de ladrones, entrando en relaciones con bandidos que el gobierno deberia enviar al Africa para colonizar aquellos desiertos, mejor que conservarlos en Lóndres como objetos de curiosidad, que ofrecemos á los viajeros del continente:

tal fué nuestra vida durante algunas semanas. Entonces fué cuando Halsey, abrumado por la tristeza y la fatiga de tantas investigaciones inútiles, cayó enfermo.

Despues de algunas semanas de sufrimientos, no sin peligro de su vida, Arturo logró restablecerse. Entonces empezó para él una vida de miseria; parecia que la suerte queria hacerle pagar demasiado cara la dicha que habia experimentado en los tres primeros años de su casamiento. Arturo dejó la habitacion en que habia vivido con Mara, para tomar otra muy reducida, próxima á la prision donde la pobre condenada sufría su pena, y todos los dias, teniendo á su hija de la mano, ó llevándola en brazos, vagaba al rededor de estos sombríos muros: esta era su única ocupacion. La mitad de su renta la gastaba en gratificaciones á los empleados, que le traian noticias y algunas veces mensajes de Mara. Segun los reglamentos de la prision, le era permitido escribir á la prisionera una vez cada tres meses, por conducto del gobernador. Las visitas guardaban igual proporcion... ¡Pero qué visitas, Dios mio! Imaginaos dos rejas de hierro separadas por una distancia de un metro, y entre ellas aparecia una celadora. Halsey se colocaba con la niña detrás de una de estas rejas, y Mara detrás de la otra. Así era como se veian, sin poder cambiar mas palabras que las que permitian la presencia de un testigo. ¿Hay desgracia mas terrible para un hombre que encuentra en esta situacion al ser que ama, y por el cual hubiera dado toda su sangre?

Peró ¿para qué prolongar el relato de una existencia tan horrible como eran la de mi amigo y la mia? Dos años trascurrieron sin que obtuvieran el menor resultado las pesquisas que, sin saberlo Halsey, hice durante este tiempo. Los cabellos de Arturo se habian encanecido: sus espaldas estaban encorvadas, como si un gran peso gravitara sobre ellas; en una palabra, habia envejecido como si hubieran pasado cincuenta años. Un dia me dijo con una calma que me espantó:

— He recibido esta mañana una carta de la prision: me dicen que Mara está enferma, y que puedo verla en la enfermería; mi esposa se muere.

Quedamos, durante algunos minutos, en la mayor consternacion; Halsey llevó la mano á sus ojos llenos de lágrimas y despues continuó:

— ¡Bendito sea Dios! ya no sufrirá mas; la muerte es mas generosa que los hombres.

— ¿No hay esperanza? pregunté temblando por la contestacion, al ver morir á una mujer antes que su inocencia se hiciera pública.

— El doctor dice que puede vivir todavía seis meses, como morir de un momento al otro.

Una semana habia transcurrido exactamente despues de esta conversacion, cuando me pasaron recado que una mujer deseaba hablarme. Infatigable en mis pesquisas para encontrar á Jesse Mill, me hice conocer en ese nuevo mundo en donde solo pululan criminales y gente sospechosa. Así que, con frecuencia recibia visitas de vagabundos de ambos sexos, pretendiendo unos haberla visto, y otros tener noticias suyas. Esta vez me encontré con una persona desconocida, que me dijo bruscamente:

— Si quereis ver á Jesse, venid en seguida, porque pasada una hora tal vez sea demasiado tarde. Slithery Ben la ha puesto en el estado mas deplorable.

Seguí á la mensajera sin pronunciar una palabra, y una vez en la calle, tomé el primer coche que se presentó, y subí en él acompañado de esta mujer, haciéndome conducir á la casa que ella me indicó en los « Siete Cuadrantes. » El cochero avanzó con gran desconfianza en este distrito, habitado en general por criminales, y tan pronto como le hube pagado, se volvió aun mas deprisa que habia venido. La casa en que me introdujo la mujer que me acompañaba era tan repugnante por su apariencia como por los huéspedes que albergaba, pues al ruido del carruaje algunas figuras patibularias aparecieron á las ventanas; pero acostumbrado á semejantes encuentros, no me causó la menor impresion. Trepé por una escalera inmunda, teniendo por pasamanos una cuerda grasienta. Cuando llegamos al tercer piso, la mujer que me acompañaba abre una puerta y me enseña sobre un jergon una forma humana, con la frente cubierta con un vendaje, y me dice:

— Aquí teneis á Jesse Mill, que habiéndose embriagado la otra noche, se tramó de palabras con Slithery Ben, y este, que tambien habia bebido un poco, la tiró á la cabeza una botella. Creo que tiene bastante... Jesse, ved al caballero. No tengas miedo; no hay « charley » (agente de policía) con él.

La criatura á quien se dirigian estas palabras se levanta con dificultad, apoyándose sobre un codo y fija sobre mí su mirada esquiva. Si se hubiera buscado sobre su semblante una expresion, el menor rasgo femenino, hubiera sido en vano; tal era como el crimen y la bebida la habia borrado hasta la apariencia de su sexo. Sin embargo, habia pasado por haber sido una mujer bonita.

— Los « charleys » no me dan ya miedo, dice Jesse Mill con una risa siniestra.

A la vista de un desconocido aparece sobre sus rasgos marchitos un resto de pudor, pues se sonrojó ligeramente y tiró los harapos que la servian de colcha sobre su pecho.

— ¿Habeis deseado verme, continuó ella, para hablarme de Mara? ¿Dónde está ahora?

— En prision.

— ¡Cómo! dijo ella con un aire de sorpresa, ¿no habeis podido sacarla de allí?

— ¿Cómo hubiéramos podido hacerlo?

— ¡Oh! yo creí que vosotros las gentes ricas hubierais podido salvarla: el dinero todo lo puede. Si yo hubiera tenido en mi infancia no estaria aqui... Pues bien, soy yo quien he robado las tres sortijas... Os diré cómo sucedió. Habia encontrado dos veces á Mara en la calle despues de su casamiento, y la pedí algun socorro, en recuerdo de nuestra antigua amistad. Como era de esperar, ella se mostró generosa. El dia de nuestro último encuentro la ví entrar en la tienda de un diamantista; una idea diabólica se apodera de mí, y dije, si pudiera seguirla y robar algunas alhajas, mientras que el diamantista la sirve, estaria por algun tiempo al abrigo de la miseria. Al decir esto miré al través de los cristales, y veo sobre el mostrador un monton de sortijas. De repente entro, y en tanto que el mercader descolgaba un reló que le habia pedido, cojo tres sortijas con tal agilidad, que creo que Mara no debió apercibirse de nada; pero de repente el mercader se vuelve mirándome con aire receloso, y temiendo que si me registraban me encontrarían estos objetos sobre mí, y tendria para quince años, pues los charleys estaban en mi busca por otras bagatelas, deslicé las sortijas en el bolsillo de Mara, suponiendo que no sospecharian de una señora como ella; ese diablo de Mowleson no apartaba su vista de mí, y no tuve tiempo de poner las alhajas en su sitio.

Aquí se detuvo la moribunda.

— ¡Oh! ¡mi pobre cabeza! dijo ella con un doloroso quejido.

— ¿Y el homicidio de hace diez años? la pregunté.

— ¿Ignorais por ventura ese hecho? dijo Jesse Mill con una sonrisa de incredulidad.

— Mara nada nos ha dicho.

— ¿Ni á su marido?

— No, jamás ha querido revelar este secreto á nadie.

Un vivo rubor colorea el pálido semblante de esta criatura degradada, y con una voz casi apagada, continúa:

— Hay en el mundo mujeres que son ángeles y otras que son demonios, sin embargo... En fin, soy yo la que he muerto al agente de policía; pero Mara aceptó con valor este crimen declarándose la sola culpable. Esto os admirará, y me preguntareis tal vez la razon de esta abnegacion. Mara se ha sacrificado por mí, y confieso que me debia algun agradecimiento, si bien no esperaba que lo hiciera hasta el punto que lo ha hecho. Como veis, si soy ahora un demonio, no lo he sido durante toda mi vida; pero no estoy en estado de contaros todo mi pasado. Os diré solamente que cuando la madre de Mara Hort fué atacada de la enfermedad que la llevó al sepulcro, vivia yo en la misma calle que ella, y hasta era su sola amiga. La enfermedad fué larga, y antes que su madre rindiera el último suspiro, la pena y los sufrimientos hicieron que Mara cayera tambien enferma; así fué que mientras la madre agonizaba en su cama, la hija deliraba en la mia. Cuidé hasta donde mis débiles fuerzas alcanzaron á la pobre madre: la cerré los ojos, y despues de acompañarla al cementerio, volví al lado de su hija, que no conoció su desgracia sino despues de algunos dias... cuando estuvo fuera de peligro. Desde este momento Mara no quiso separarse de mí, diciendo que ella me debia la vida. Continuamos viviendo reunidas; y mas adelante entré en relaciones, por mi desgracia, con Jem, y me lancé entonces en los desórdenes que me han conducido, como veis, á este triste estado. Mara continuó observando una conducta ejemplar. Al principio creyó que Jem viajaba por cuenta de una casa, y no sospechaba la procedencia de las alhajas que traía á mi casa. No obstante, como no podía aprobar mi conducta, y sus reconvenciones eran continuas, estábamos próximas á separarnos cuando ocurrió la fatal aventura del agente de policía. Implicadas ambas en la acusacion, comparecimos ante el tribunal. Un testigo afirmaba que habia visto á una mujer asestar al charley el golpe que le precipitó en la calle; estaba pues probado que el crimen habia sido cometido por una de las dos. Entonces fué cuando Mara se acusó culpable. Cuando oí esta falsedad, estuve tentada de poner la mano sobre sus labios y gritar: No la creais, milord; yo soy la culpable; pero me hubieran separado de Jem durante mi vida, y esta idea me era insoportable, porque le amaba con frenesí.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con voz desfallecida y que se debilitaba por instantes. No habia tiempo que perder, si este feliz encuentro habia de producir la justificacion de Mara.

— Podeis, la dije, reparar en parte el mal que habeis hecho, si repetis vuestras palabras ante un juez y testigos.

— Hacedlos venir, murmuró, cayendo sobre su almohada; pero apresurados, porque mis instantes están contados. No temais venir acompañado de los agentes de policía, porque si quieren conducirme á la prision, moriré con mas comodidad que aquí.

VI.

Segun la legislacion inglesa, un individuo, aunque haya sido condenado por un crimen que no ha cometido, no puede ser relevado de esta pena, sino por la clemencia del soberano. En su consecuencia, pasado el término que la ley marca, es decir, despues de tras-

curridos tres meses de súplicas y de réplicas, de informaciones y contra informaciones y de plazos, etc., el decreto de indulto fué por fin firmado, sin que Mara tuviera la menor noticia, hasta que su marido y su hija, de edad de cuatro años, la colocó el perdon real sobre la cama en donde la pobre enferma se hallaba postrada. Entonces Arturo se arrodilla ante esta misma cama, é inclinando su cabeza sobre la mano descarnada de su mujer, la dijo con una ternura llena de adoracion:

— Mara, conozco vuestro secreto. Una dulce y triste sonrisa, que se asemejaba á esos rayos que aparecen en el horizonte y que inmediatamente se ocultan despues de una tempestad, iluminó la fisonomía de Mrs. Halsey, y envolviendo con sus brazos á su marido y á su hija, dijo:

— ¿Me perdonas, Arturo, de no haberte confiado todo mi secreto? Ya sabias lo que debia á Jesse Mill; y al recordar los beneficios que habia dispensado á mi madre, creí un deber colocarme en su lugar apareciendo como criminal. En verdad que la sacrificué mi honor, pero entonces no te conocia, y no me era fácil apreciar mi sacrificio como lo hago hoy. Si antes de nuestro casamiento te hubiera revelado mi fatal secreto, tal vez vuestras relaciones hubieran cesado... y yo te amaba...

Despues de pronunciadas estas palabras, sus fuerzas desfallecen... Repuesta al cabo de un instante, coge entre sus manos la cabeza de su hija y la besa; y descansando sobre el hombro de su marido:

— Querido Arturo, dijo Mara, á medida que crezca nuestra hija, enséñala á compadecer á los pobres huérfanos; y si alguna vez encuentra en su camino una pobre jóven sin informes, que la tienda la mano en recuerdo de su madre. A. V.

(Cornhill Magazine.)

El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Continuacion. — Véase el número 1,056.)

— ¿Cómo se llamaba vuestro rival? le pregunté, y aguardé temblando como un azogado su respuesta.

— Ved aquí su retrato, me dijo sacando de entre los papeles el objeto que habia ocultado.

Lo tomé en mis manos, y se me cayó de ellas.

Era mi retrato.

¿El retrato que conservaba Lucila!

¿Era él el esposo de Lucila!

Y dejé caer mi cabeza entre mis manos.

Y lloré, porque mi corazon no estaba muerto como creia.

¿Vuestra esposa se llamaba Lucila? grité.

— Sí, sí; ¿la conocisteis? ¿no es verdad que la conocisteis, Emilio?

— ¿Era él, era él! pronuncié.

Sentia un desfallecimiento general en todo mi cuerpo, por las emociones que habia experimentado en un corto momento.

— ¿Vos la conocisteis, Emilio?

— No, amigo mio.

— ¿Y cómo sabeis su nombre?

— Fui amigo del que vos llamais su amante.

— ¿No es verdad que ese hombre era un criminal?

— Os equivocais, Onofre, le respondí moviéndome de mi asiento; ese hombre ha sido una victima. Antes que vos conocierais á Lucila, ya ese hombre la amaba, se lo habia dicho, se lo habia jurado, y ella habia prometido ser su esposa, Llegásteis vos cuando él se habia ausentado por algunos dias, y os casásteis con ella contra su voluntad. Decidme ahora, ¿quién arrebató la felicidad y á quién? Vos salisteis de la ciudad contento y radiante de alegría, y mi pobre amigo quedó arrojado en un lecho sin esperanzas de vida... ¿Y para qué queria vivir si vos le habiais arrebatado su único amor, su esperanza? Me preguntais si sé lo que son celos; ahora os pregunto yo ¿si sabeis lo que es desesperacion!... ¿si sabeis lo que es arrastrar una existencia sufriendo los tormentos de los condenados!... ¿Y os atreveis, Onofre, á culpar aun á ese hombre? No, amigo mio, sois demasiado injusto. Respetad al menos las cenizas de los muertos.

A las últimas palabras, me dijo Onofre con voz desfallecida.

— ¿Ah! ¿con que ha muerto ese desgraciado?

— Sí, en una casa de locos.

— ¿Dios mio, Dios mio! Ahí le dejé yo.

— Solo en el mundo, creyó en la promesa de una mujer, se imaginó un cielo de felicidad, y... todo, todo fué un sueño. Pesadilla terrible que aniquiló para siempre á mi pobre amigo...

— ¿Ah! vos que fuisteis su amigo, perdonadme en su nombre...

— Os perdono, Onofre, exclamé estrechándole contra mi corazon; pero respetad la memoria de ese desgraciado.

— ¿Oh! ese hombre debió haber padecido mucho.

— ¿Mucho, Onofre! murmuré.

Y caí desfallecido en el sillón.

— ¡Pero esa mujer, Emilio, esa mujer se parece mucho á ella!... gritó Onofre mudando de voz.

— ¿A Lucila?

— Sí; ¿no habeis oido el acento de su voz?... ¿no habeis creido ver en sus miradas algo de ella?

— Ya os he dicho que no la conocí.

— ¿Era un ángel, amigo mio, era un ángel.

— Además, ya no existe...

Onofre se cubrió el rostro con las manos, y con el acento de la desesperacion suprema, me dijo:

— Sí, ya no existe, porque yo la maté... yo fui su asesino... Pero esa mujer está aqui, siguió, golpeándose con furor la frente; y es el fantasma de Lucila.

— Calmaos, amigo mio.

— Imposible... es necesario que sepa quién es esa mujer, que...

— ¿Creéis que sea Lucila?

— Sí, Emilio...

— Lucila ha muerto...

— ¡Oh! yo no creo en esa muerte... Julian, yo no creo en nada de eso...

— Está bien, Onofre; descansad, que yo sabré quién es esa mujer.

Tomé mi retrato y lo puse en la faltriquera.

Onofre pasó toda la noche con una calentura terrible.

IV.

Mi retrato representaba á un hombre en todo el vigor de la juventud.

Y yo aparecia viejo.

¿Cuánto habia cambiado en dos años!

Era imposible que nadie me conociera, y por eso es que no me habia reconocido el esposo de Lucila.

Onofre estuvo algunos dias enfermo, y yo no me aparté de su lado.

Habia jurado á Lucila cuidar de su esposo, y lo cumplia.

V.

A los ocho dias despues vi á Carolina en el teatro, y fui á hacerle una visita al palco.

Me recibí con cariño.

El conde de Pamerl apenas me saludó.

— No hagais caso, me dijo Carolina; los viejos son gruñones.

Mientras conversaba, noté que Carolina me observaba con atencion.

— ¿Mucho tiempo há que estais aquí? me preguntó interrumpiendo la conversacion.

— No, señora, un año.

— ¿Habeis llegado de muy lejos?

— De la ciudad de P...

Carolina mudó de color y guardó silencio.

Yo atribuí este silencio á su prudencia, que no queria incomodar al conde que le dirigia miradas terribles de reconvencion.

— ¿Y vuestro amigo? me preguntó despues, sin cesar de observarme.

— Está mejor, señora.

— ¿Ha estado enfermo?

— Sí, aunque no de gravedad.

— ¿Sabeis que hace frio? me dijo despues.

Estas transiciones me revelaban que sucedia algo de extraordinario en Carolina.

— Tened la bondad de pasarme mi ropon.

Y mientras le cubria los hombros con él:

— Mañana os espero, me dijo; el conde no estará en casa.

En seguida dirigiéndose á este:

— Me siento indispueta, conde; ¿quereis que nos vayamos?

— Como gustéis, señora, murmuró secamente el de Pamerl.

Yo me despedí.

Ya tenia oportunidad para cumplir lo que habia prometido á Onofre.

En efecto, Carolina se asemejaba mucho á Lucila; pero el pensamiento de mi amigo era descabellado.

Lucila habia muerto.

Y su cadáver habia servido de estudio á los practicantes en medicina. Era imposible.

VI.

Al dia siguiente en la noche me dirigí á casa de Carolina.

Estaba sola, y luego que entré dió orden á sus criados para que no anunciaran á nadie.

Despues de haber tomado sus precauciones se acercó á mi con precipitacion y visiblemente agitada.

— Caballero, me dijo, dispensad la confianza con que os he tratado, y prometedme que sereis sincero conmigo.

— Señora, le respondí, no dudeis de mí.

— No, no dudo... Julian... no, jamás he dudado de vos.

— ¿Señora! grité yo sin poderme contener.

— ¡Oh! mi corazon no me engañaba... vos sois aquel Julian que nunca he podido olvidar... en vano os ocultais, continuó mirándome con detencion, vues-

tros ojos son los suyos... vuestra mirada... todas sus facciones de él... del desgraciado Julian...

Y aquella mujer se cubrió el rostro con sus manos y lloró como un niño.

Yo no podia articular palabra.

Estaba anonadado.

— ¿Y mi esposo, dijo con voz ahogada Carolina, habeis cuidado de él, Julian?

— Señora, balbuceé, todo lo que me decis es un misterio para mí. ¿Vuestro esposo no es el conde de Pamerl?

A semejante respuesta, Carolina se irguió altanera, y con voz imperiosa me respondió.

— Caballero, las circunstancias no os autorizan para insultar á una desgraciada mujer. Ya veo que de la persona con quien os he equivocado, ni aun teneis el nombre. Podeis retiraros, caballero, añadió mostrándome la puerta.

Yo conocia demasiado á Lucila para incomodarme.

— ¿Me despedís, señora?

No me respondió.

— Carolina, sois injusta conmigo, ¿cómo quereis que sepa la historia de vuestro pasado si ayer tan solo os he conocido?

— Teneis razon, caballero.

— Yo estoy pronto á serviros porque sé que padecéis, y entre dos corazones desgarrados, hay simpatias porque se comprenden.

— ¿Padeceis?

— Miradme á la cara, señora, ¿no veis mi tez surcada de arrugas, mi frente espaciosa y mi pelo que blanquea? Pues bien, señora, ¡aun no cuento treinta años!

— ¡Es él... es él! murmuró Carolina. ¡Dios mio, cuánto padezco!... ¡Julian, Julian, vos no quereis que muera!... ¡Ah, tenedme compasion!...

La tomé en mis brazos y la senté en el sillón.

— Dejadme, me dijo, quiero morir...

El corazon no me cabia en el pecho.

Me parecia verla apurar por segunda vez el veneno.

Y aunque hacia poderosísimos esfuerzos para no darme á conocer, grité corriendo hácia ella:

— ¡Lucila, Lucila!...

— ¡Ah! dijo ella, se incorporó, me miró al semblante y cayó desmayada en mis brazos.

— ¡Dios mio, tus misterios son incomprensibles! murmuré.

¡Y contemplé aquella hermosa mujer que tanto, tanto habia querido!

— Ahora que no oyes ni sientes, quiero darte el último beso de amor, Lucila.

Y apliqué mis labios á sus mejillas pálidas que al momento se tiñeron de color de rosa.

Y me arrodillé ante ella.

Mi corazon latia de emocion en ese instante y me sentia rejuvenecer.

¿Cuán hermosa estaba recostada en los oscuros almohadones del sillón!

— Tendré el consuelo de presentarle á su esposo, murmuré, en seguida abandonaré esta ciudad, porque no debo verla ni amarla... hay un abismo entre ambos, y este abismo será nuestra tumba...

Y tomándole una mano, la besé con locura y la empujé con mis lágrimas.

VII.

Yo sufría el suplicio de Tántalo.

Volvia á ver á aquella mujer tan hermosa é interesante como en los primeros dias de nuestro amor.

En aquellos dias en que todo era para mi felicidad y placer.

Porque cuando se ama con toda la efusion del corazon, y nos creemos correspondidos, vivimos en un mundo ideal.

Lucila abrió los ojos y se pasó la mano por la frente, como si quisiera arrancar de ella algun pensamiento terrible, y murmuró:

— ¿Dónde estoy?

Yo me acerqué á ella involuntariamente.

— ¡Ah! ¿con que no ha sido un sueño todo esto?... me dijo reconociéndome, en seguida, incorporándose en el reclinatorio, añadió:

— ¡Gracias... gracias, Dios eterno!

Y pareció quererse desmayar por segunda vez.

— Lucila, le dije sosteniéndola, vuelve en tí.

— No tengais cuidado, ya me siento mejor... ¡Dios mio, hasta cuándo apurais mis sufrimientos!... ¡Julian, ya es imposible que resista á tantos golpes!

— Cálmate, Lucila.

— Sí, Julian, tendré valor... haré un esfuerzo... Acercaos, dejadme que me recline sobre vuestro pecho.

Y Lucila reclinó su hermosa cabeza sobre mi hombro. Mi corazon queria salirse del pecho, y la respiracion me ahogaba.

Era una tentacion demasiado fuerte.

Y me sentia débil.

— Julian, me dijo mirándome á la cara al través de un velo de lágrimas, ¡cuánto habeis cambiado en dos años!...

Yo lancé un suspiro y no pude articular palabra.

— Escuchadme, me dijo despues, quiero que sepais cómo he llegado al estado en que me veis.

Yo era presa de un vértigo violento.

— ¡Tú no eres Lucila, grité moviéndome del asiento, Lucila ha muerto!



SUIZA. — Monumento elevado en Neuchatel á la memoria de los soldados franceses muertos en esta ciudad,

— Ojalá así hubiera sido, Julian, que sería entonces dichosa... venid, sentaos.

Y me senté con todo el desaliento que da la desesperación.

Y cubrí mi rostro con el pañuelo.

— ¿Dudais de mí, Julian? Teneis razon. ¡Ah! escuchadme, y me compadecereis.

Yo no sabía dónde me encontraba, y un ruido inmenso retumbaba en mis oídos; pero oía la voz de Lucila como se perciben los ecos indefinidos de la soledad.

Lucila principió:

VIII.

— En vano será que os recuerde aquella última escena, en que vos, desesperado, me suplicábais que no apurara el veneno que tenía en mis manos... ¡Ah! Julian, era imposible que atendiera á vuestros ruegos, porque mis sufrimientos habian llegado al colmo del dolor. La muerte... la muerte era para mí la suprema felicidad... Conocía que iba á cometer un crimen tan repugnante para Dios como para los hombres, pero mis fuerzas estaban agotadas, mi razon extraviada, y es por esto, Julian, que no dí oídos á vuestras palabras... ¡Ah! si hubiérais podido comprender lo que

sufria... Pero sois generoso y me perdonareis, ¿no es verdad, Julian?

Yo comprimí el rostro con mis manos y dije apenas:

— ¡Basta, basta!

— Oidme, tengo derecho para exigiros que me escuchéis... Me juzgais mal y debo vindicarme. Conozco que ya todo para nosotros se acabó, pero no quiero que alguna vez me acrimineis sin razon. Julian, oidme.

— Hablad, Lucila, murmuré.

MANUEL CONCHA.

(Se continuará).

Monumento elevado en Neuchatel

Á LA MEMORIA DE LOS SOLDADOS FRANCESES.

El domingo 23 de febrero último, ha tenido efecto en Neuchatel (Suiza), la inauguracion del mausoleo erigido á la memoria de los soldados franceses muertos en aquella ciudad durante la estancia que hicieron

despues de la retirada del ejército del Este al territorio helvético.

El monumento que se eleva en el cementerio del Mail, ha sido costeado con el producto de una suscripcion pública.

Consiste en un monolito de granito que recuerda por su forma los antiguos *dolmens* bretones, y descansa en un pedestal tambien de granito. El dia de la inauguracion estaba envuelto con un gran crespon, en señal de luto.

Debajo de una palma dorada grabada en el monolito, se lee la inscripcion siguiente:

Á LOS SOLDADOS FRANCESES
MUERTOS EN NEUCHÂTEL EN 1871
LOS CIUDADANOS DE ESTA CIUDAD.

En la base del pedestal se ve incrustado un mármol blanco un emblema militar.

El monumento tiene unos 15 piés de altura, y le rodea una cadena sostenida en pilares.

Las autoridades federales, cantonales y municipales, el ministro de Francia en Berna, y el vice-cónsul en Neuchatel, asistieron á la ceremonia de inauguracion, en la cual se pronunciaron discursos patrióticos.

L. C.